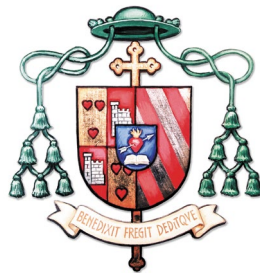


Crear: la fuerza del testimonio

**Recopilación de las glosas dominicales
escritas por Mons. Agustí Cortés Soriano,
obispo de Sant Feliu de Llobregat,
con motivo del Año de la fe
2012-2013**



ÍNDICE

Prólogo.....	5
Proemio	10
Testimonios de la conversión: San Justino	12
Testimonios de la conversión: San Agustín.....	15
Testigos de la conversión: San Hilario de Poitiers.....	18
Testigos de la conversión: Santa Clara.....	21
Testigos de la conversión: San Ignacio de Loyola	23
Testigos de la conversión: Blaise Pascal	26
Testigos de la conversión: San Francisco Javier	29
Las certezas de mosén Nicolau.....	31
Testigo de segunda conversión: San Juan Bosco	33
Testigos de la conversión: Alexis Carrel i Jaques Loew	35
Conversión y vocación: Manuel García Morente.....	37
Conversión desde el marxismo: Douglas Hyde	39
Conversión desde el judaísmo: Eugenio Zolli.....	41
Conversión desde el judaísmo: Karl Stern	43
Conversión desde el judaísmo: Simone Weil.....	45
Conversión desde el judaísmo: Edith Stein.....	47
Testigos de la conversión: Paul Claudel.....	49
Testigos de la conversión: Charles de Foucauld.....	51
Convertidos desde el Islam	53
Convertidos desde el Islam (II)	55
Convertidos desde el Islam (III)	56
Convertidos a la ortodoxia: Tatiana Góricheva.....	59
Convertidos a la ortodoxia: Sascha P., Galina G., Slawa D.	61
Convertidos a la ortodoxia: Olivier Clement.....	63
Fe-conversión: Giovanni Papini	66
Fe-conversión: Thomas Merton (I)	69
Fe-conversión: Thomas Merton (II)	71
Convertidos en la cárcel: rostros sacerdotales	73
Convertidos cercanos.....	75
Fe - conversión - resurrección	77
Frutos de Pascua: Dorothy Day	79

Frutos de Pascua: Madeleine Delbrêl (I).....	82
Frutos de Pascua: Madeleine Delbrêl (II).....	85
Frutos de Pascua: María Skobtsov (I)	88
Frutos de Pascua: María Skobtsov (II)	90
Despertar de las conciencias: T. Moro - T. Becket - J.H. Newman (I)	92
Despertar de las conciencias: T. Moro - T. Becket - J.H. Newman (II)	94
Despertar de las conciencias: T. Moro - T. Becket - J.H. Newman (III)	96
Palabras de fe: Raïssa i Jacques Maritain - Leon Bloy (I).....	98
Palabras de fe: Raïssa y Jacques Maritain - Leon Bloy (II)	100
Palabras de fe: Raïssa y Jacques Maritain - Leon Bloy (III)	102
La humanidad de Mn. Albert Domingo	104
Palabras de fe: Samuel Stehman	106
Palabras de fe: Hannah Arendt (I)	108
Palabras de fe: Hannah Arendt (II)	110
Palabras de fe: Hannah Arendt (III)	112
Palabras de fe: ¿derecho a decidir sobre el propio cuerpo?.....	114
Palabras de fe: Jean Guitton (I)	116
Palabras de fe: Jean Guitton (II)	118
Palabras de fe: Jean Guitton (III)	120

Prólogo

Desde los inicios de su ministerio en la nueva diócesis de Sant Feliu de Llobregat –en el año 2004– el obispo Agustín Cortés ha mantenido una comunicación semanal con sus feligreses a través del [Full Dominical](#). Unos escritos breves, que comportan una reflexión sobre diferentes dimensiones de la vida cristiana y que a menudo acaban con unas pequeñas conclusiones o puntos a recordar. A veces, estos escritos responden a alguna situación de la actualidad, pero con mayor frecuencia responden a un plan determinado, en forma de serie que se va completando y que quiere incidir sobre un punto importante del vivir cristiano. Así, en esta misma colección *Emaús* publicó en el 2009 una serie de glosas sobre la vivencia de la liturgia y la eucaristía. Y otra finalidad de estos escritos semanales del obispo es la de apoyar y dar profundidad a algún objetivo que él mismo ha planteado para la diócesis o para dar concreción local a algún momento general que vive la Iglesia.

La serie que aquí se presenta con el título de *Creer: la fuerza del testimonio* responde a dos circunstancias: por una parte, con toda la Iglesia hemos vivido el **Año de la fe** que fue promulgado por el papa emérito Benedicto XVI y que el 24 de noviembre, final del año litúrgico y fiesta de Cristo Rey, concluirá el papa Francisco. Y por otra parte, desde hace dos años, en el Obispado de Sant Feliu de Llobregat, se ha puesto en marcha un *Itinerario Diocesano de Renovación Cristiana* que el obispo ha concebido como un instrumento de ayuda a la evangelización.

Esta recopilación de escritos responde pues a un doble propósito. Con motivo del *Año de la fe* el obispo Agustín ha empezado una serie de comentarios incidiendo en uno de los

momentos del camino hacia la fe o hacia su renovación que es la experiencia de la conversión, ya sea como primer momento fundacional o también como segunda conversión, como retorno y renovación que implica un nuevo comienzo. Y esta experiencia, el obispo Agustín, la ha querido ligar en estos escritos a la fuerza del testimonio, como él mismo explica en la primera de las glosas, citando a Pablo VI: *Evangelii nuntiandi* 21: *La Buena Nueva ha de ser proclamada en primer lugar mediante el testimonio (...). Este testimonio constituye ya de por sí una proclamación silenciosa, pero también muy clara y eficaz de la Buena Nueva. En ello se da un gesto inicial de evangelización.* Y también resulta oportuno recordar la famosa sentencia del mismo papa Pablo VI en un discurso a los miembros del *Consilium de Laicis*, en el año 1974: *los hombres de hoy escuchan más a los testimonios que a los maestros y, si escuchan a los maestros, es porque son testimonios;* frase que después incorporó en *Evangelii nuntiandi* 41.

Desde esta doble perspectiva encontramos una serie de glosas relativas a personajes diversos de la vida de la Iglesia y de la historia del mundo. Repasando el índice, llama la atención la variedad de experiencias y de historias de vida. Hay de todas las épocas y de diferentes continentes. Algunos provienen del ambiente católico, otros de la ortodoxia o de diferentes religiones del mundo, judaísmo, islam. No evita los terrenos delicados, siempre con un enfoque decididamente ecuménico y respetuoso con el diálogo interreligioso y con las enseñanzas del *Vaticano II*. Algunas historias representan itinerarios de largo recorrido desde el terreno de la no fe; otras son como un renacimiento, como un despertar, una nueva conciencia. Aun con la forzosa brevedad de los textos, tenemos una panorámica estimulante sobre ese proceso siempre misterioso y fascinante del abrirse por el testimonio y por la acción del Espíritu a la fe-confianza en el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Se señalan los

enriquecimientos y las maduraciones que este proceso aporta a las biografías humanas. En este sentido hay unos incisos entrañables dedicados a sacerdotes estimados de la Diócesis de Sant Feliu de Llobregat que, desde hace más de nueve años, tiene como primer pastor al obispo Agustín. Esta insistencia del obispo en el tema de la conversión como momento central y renovado del camino de fe hace pensar en una simpática anécdota del cardenal Lustiger cuando fue nombrado obispo de París: a la preguntas de un periodista sobre cuáles eran sus prioridades y sus planes pastorales para la diócesis, respondió: *bien, la primera prioridad es que el obispo de París se convierta un poco más...*

El segundo foco de atención y de intención de estos escritos que aquí se recogen es el acompañamiento y la orientación que el obispo Agustín está dando al *Itinerario Diocesano de Renovación Cristiana*, es decir, a un plan de formación esencial e integral, que abarque las dimensiones básicas de la vida cristiana: experiencia, reflexión y acción. Un itinerario que desde la base territorial de las parroquias y arciprestazgos, y con la participación de movimientos y comunidades, se ha ofrecido a la totalidad del pueblo cristiano en camino en la Diócesis de Sant Feliu de Llobregat. Ofrecido a todos, aun sabiendo, por adelantado, que no todos participarían. Con un acento especial hacia los cristianos de largo recorrido de las parroquias; hacia los sectores más “jóvenes” (la franja de los 30-50/60 años); hacia los que se acercan a la parroquia para pedir la celebración de un sacramento para ellos o para sus hijos –bautismo, eucaristía, matrimonio; hacia los que se sitúan en la frontera o alejados del núcleo comunitario, a los que se les puede invitar amistosamente a intentar un nuevo acercamiento, o claramente, un primer descubrimiento. El objetivo diocesano que el obispo propone es trabajar unos cuantos años de manera prioritaria en la decidida formación de laicos en una renovada conciencia cristiana y eclesial,

extrayendo las consecuencias del don bautismal, alimentados en la oración y la Palabra de Dios. Procurar humildemente que, bajo la guía del Espíritu, vayan surgiendo grupos de laicos que renueven la fisionomía de las comunidades, con una participación más intensa en la vida litúrgica y comunitaria, en el apostolado y la acción pastoral, en la presencia testimonial y la acción en las diversas realidades del mundo.

Este *Itinerario* comporta dos momentos fundamentales: un primer tiempo de renovación de la propia fe en un contexto de invitación a la oración y de lectura orante de la Palabra de Dios y como acento especial, el testimonio explícito de la fe: el primero o renovado anuncio de Jesús como salvador y centro de la experiencia cristiana; y un segundo tiempo de formación y profundización en la Palabra de Dios y en la fe de la Iglesia. Todo en un clima de experiencia de pequeño grupo cristiano, de reencuentro personal con Jesús, de lectura creyente de la vida, de renovación sacramental –bautismo-confirmación, reconciliación, eucaristía...– y de invitación al compromiso-acción de la vida en cristiano. Ayudados en este itinerario por laicos y por sacerdotes acompañantes del proceso.

A lo largo del tiempo de convocatoria y de formación de los primeros equipos de laicos acompañantes, el obispo Agustín se ha hecho muy presente dando su orientación y remarcando la importancia de lo que explica en estas glosas sobre la conversión y el creer por los testimonios. Y en estas historias se observa también esa novedad que ya Pablo VI había propuesto en *Evangelii nuntiandi* y que el momento presente pide con especial urgencia: el asociar el testimonio con el anuncio explícito, el dar razón de la esperanza, el poner palabras a los motivos de una experiencia o un comportamiento que parecería casi incomprensible. Los personajes de esta recopilación *Creer: la fuerza del testimonio*, aportan esta riqueza de unir vida y palabra, acción que ya es testimonio, y también

el anuncio, la explicación de los motivos y del gran “motivo” que da razón de una vida.

Así pues, al final del *Año de la fe* y a punto de emprender una nueva etapa del *Itinerario de Renovación Cristiana* salen de nuevo a la luz, reunidos en un volumen, estos escritos del obispo de Sant Feliu de Llobregat. En todo prólogo lo más importante es disolverse para dar paso al texto que es lo que realmente interesa. Sin embargo, no quisiera acabar estas líneas sin expresar un deseo. Lo escribo haciéndome eco del pensamiento compartido con todos sus diocesanos y colaboradores en su ministerio. Es de conocimiento, porque él mismo discretamente lo ha comunicado, que el obispo Agustín está pasando una prueba de salud que felizmente va superando con la ayuda de Dios y la sabiduría de los médicos; este es también un momento de testimonio y de conversión, para él y para todos. Le deseamos que durante muchos años más pueda seguir acompañando al pueblo de Dios que el Señor le ha encomendado. La lectura de estos escritos nos ayudará a reafirmar la fe y la esperanza.

Mn. Josep M. Domingo Ferrerons,
Vicario episcopal de Apostolado Seglar y Evangelización
del Obispado de Sant Feliu de Llobregat.

Proemio

Parece que de hecho, si queremos vivir cualquier virtud, siempre necesitamos testimonios, es decir, el conocimiento de personas como nosotros que la hayan vivido de una manera particular, más o menos llamativa. La razón última de esto es que la virtud nunca es fruto sólo de un razonamiento o de una ilustración especial de la mente, ni resultado sólo de un precepto que nos ordene que hay que practicarla, ni siquiera consecuencia de un discurso convincente, sino que la vivencia de una virtud afecta a toda la persona y a toda la vida; atraviesa y llena todo nuestro ser, incluidos el sentimiento, la voluntad libre... y, podríamos decir, las entrañas mismas de la persona. Es por eso por lo que siempre que hablamos de una virtud no podemos dejar de referirnos a “la conversión” de vida que ella supone: convertidos a la fe, caminamos en esperanza y vivimos la caridad.

Lo sabemos bien por experiencia, cuando nos fijamos en hechos constatables en torno a la virtud de la fe. Alguna vez hemos recibido la petición, formulado por unos padres sinceramente creyentes y preocupados por la increencia del hijo, de que, hablando con él, llegara a “convencerle” de que creyese... Naturalmente, de antemano sabemos que normalmente la conversación sólo ayudará a la escucha y a la clarificación de algunas cosas... a menos que derive hacia las vivencias profundas que motivan su postura y que nuestra intervención vaya acompañada de testimonios concretos de vida de fe. En este caso, no es que se obtenga un resultado positivo automático, que no se dará nunca en el terreno de la transmisión de la fe, pero el diálogo sí que habrá servido para situar al joven en un punto próximo a su posible decisión a favor de la fe.

Es por eso por lo que son tan importantes los testigos de la fe en la vida de la Iglesia. Siempre lo han sido y lo serán. No hace falta

repetir aquella afirmación de Pablo VI en la encíclica *Evangelii nuntiandi*: “el mundo actual demanda y necesita más testigos que maestros”.

Conviene hacer una precisión. Un investigador que estudió el impacto de la figura de Jesús en la cultura occidental, Jaroslav Pelykan, advirtió que en el mundo clásico, en los primeros siglos de nuestra era, se solía proponer al pueblo, y especialmente a los jóvenes el ejemplo de héroes y sabios, a los que emular como prototipos de virtudes cívicas y guerreras. Pero, decía este autor, cuando la Iglesia proponía los ejemplos de los santos, especialmente los mártires, no lo hacía al estilo de los modelos paganos, sino como bienaventurados por su pobreza de espíritu, en los que había triunfado la fuerza del amor de Dios.

En la fe y conversión de San Agustín tuvieron un papel decisivo los testimonios de la conversión del gran filósofo neoplatónico Victorino, del que le habló otro gran maestro, Simpliciano; y el de San Antonio Abad, que por Cristo había abandonado todo y entregado sus bienes a los pobres... ¿Por qué no dejó, se preguntaba el santo, que Cristo sea todo para mí?

Hoy también se nos proponen modelos e ídolos a imitar. Pero nosotros preferimos aquellos que se reconocen pecadores y débiles, y que

- en su pobreza, luchan por creer y mantenerse fieles a Cristo,
- nunca reivindicaron para sí gloria alguna,
- y siempre remitieron toda alabanza al poder de Dios.

Jesucristo no dijo que vino a enseñar la Verdad, sino a ser testigo de la Verdad (*Jn 18,37*). Esa Verdad, en efecto, no se puede transmitir, sino testificándola.

Testimonios de la conversión: San Justino

(9-9-2012)

Ciertamente no nos imaginamos a Jesucristo sentado en una mesa sobre una tarima, dando una clase, que comenzara así: “Prestad atención, coged papel y lápiz, tomad nota de lo que os digo; voy a explicaros qué es la Verdad, para que lo entendáis y aprendáis bien”. Ojalá tuviéramos muchos maestros y profesores que fueran capaces de hacer esto. Pero necesitamos con más urgencia cristianos que imiten los modos de hacer de Jesucristo, es decir, comunicar la Verdad por la vía del testimonio de vida, con palabras y con obras.

En efecto, la riqueza del testimonio consiste en poder servir a la fe en las cosas que no se ven con los ojos del cuerpo, pero se adivinan con los ojos del corazón estimulado por el calor del testigo. Jesús dijo a Tomás: “dichosos los que crean sin haber visto” (*Jn 20,29*).

El testimonio de los convertidos fue una de las fuerzas más poderosas en la expansión del cristianismo primitivo. Al principio, como la mayoría de los cristianos procedían de la gente más sencilla, “todo quedaba en casa”. Pero cuando empezaron a convertirse a la fe gente de la clase más culta e influyente, los testimonios de los convertidos adquirieron una relevancia particular. Tal fue el caso del filósofo San Justino, convertido a la fe el año 138.

Nos lo imaginamos como una especie de “mendigo apasionado de la Verdad”. Nos resultaría más útil y cercano, si fuéramos tan apasionados y tan consecuentes como él. Nacido en la actual Nablús, quizá de familia pudiente, bien formado en la cultura pagana, según su propio testimonio, dedicó toda su juventud a buscar el Bien “para poseerlo” y ser feliz. Podríamos decir que fue de puerta en puerta buscándolo. Llamó a todas las puertas donde se anunciaba: “aquí encontrarás lo que buscas, aquí hallarás la felicidad”. Porque todas

las escuelas de filosofía de entonces, los estoicos, los peripatéticos, los pitagóricos, los platónicos, eran exactamente eso, propuestas de felicidad. Explicará en su *Diálogo con Trifón*:

“Uno no me dijo nada nuevo que yo no supiera... Otro se creía con espíritu muy penetrante, pero acabó pidiéndome dinero... Otro, muy orgulloso de su saber, me despidió al comprobar que yo no había estudiado todas las ciencias... Otro me entusiasmó, hasta hacerme creer que ya estaba apunto de ver a Dios... Pero tuve la gran suerte de encontrarme en un paraje solitario, no lejos del mar, a un anciano de aspecto no despreciable, de carácter suave y venerable... Al principio me confundió diciéndome que era imposible al hombre alcanzar la filosofía que da la felicidad, pero después añadió que la inteligencia humana puede ser adornada por el Espíritu de Dios... Me dijo ‘ora y encontrarás en la Escritura esos hombres que recibieron la luz de Dios’” (2,6 – 3,8)

Se fió y aceptó lo que se le ofrecía gratuitamente, aunque no era exactamente lo que él había construido con su pensamiento. Pero empezó a creer y a vivir según Jesucristo sin dejar de ser filósofo: había hallado lo que él llamó “la verdadera filosofía”. Él sí, después de haber vivido según la luz nueva de la Verdad, se sentó en la mesa como profesor cristiano. Ya podía pensar y dialogar con el mundo pagano, no porque adaptara la fe a su cultura y su razón que tenía antes (como hicieron los llamados cristianos gnósticos), sino porque llevó su cultura y su razón a la fe. Todo había cambiado:

“Antes nos complacíamos en el libertinaje y la magia, ahora nos dedicamos a la castidad y nos consagramos al Dios bueno e ingénito. Antes amábamos por encima de todo el dinero y las propiedades, ahora ponemos en común lo que poseemos y lo compartimos con los necesitados. Antes nos odiábamos y matábamos y no admitíamos en nuestro hogar a

extranjeros, por su raza y costumbres, ahora compartimos con ellos mesa y techo... y oramos por quienes nos injurian, esforzándonos para convencerles de que, viviendo según Cristo, compartan con nosotros la esperanza..." (*Apología I*, 14,2-3)

Vivió bajo una convicción firme: nada de la verdad, la belleza y la bondad del mundo es ajeno a Jesucristo. Él es el centro, la plenitud, del universo y de la historia.

Testimonios de la conversión: San Agustín

(16-9-2012)

San Agustín forma parte de una multitud de convertidos a la fe cristiana durante los cuatro primeros siglos de cristianismo. Pero quizá su figura resulte paradigmática, por el hecho de que nos dejó en sus escritos -sobre todo en sus *Confesiones* y *Soliloquios*, pero también en casi todos: cartas, sermones, tratados y comentarios- un testimonio monumental del proceso “de su alma”. Estaba muy lejos de pretender exhibir su interior. Sólo quería que la narración de su historia sirviera para alabar a Dios y darle gracias. Porque esta narración, como la de cualquier conversión verdadera, refleja la vida de un “antihéroe” y sólo puede mostrar “lo que Dios ha hecho en mí... a pesar mío”.

También él, quizá él más que muchos, a causa de la lucha interior que debió librar, necesitó de testimonios vivos que le acercaran la verdad de la fe. Ante todo, su madre. Pero otros testigos fueron igualmente decisivos en su conversión. Los filósofos Simpliciano y Mario Victorino, San Antonio Abad, San Ambrosio... eran prolongación de la mano de Dios.

No podemos aquí exponer toda la riqueza del testimonio de su conversión. Subrayamos algunos rasgos, que resultan de extraordinaria actualidad. El primero es el paso de “vivir fuera de mí”, enajenado (en el sentido genuino de la palabra), a vivir auténticamente, es decir, desde la verdad que hay dentro de uno mismo, en el corazón. El descubrimiento de la interioridad fue para él como hallar un océano de realismo, una mina de infinitas vetas de oro, un mundo de vacíos y anhelos olvidados. Descubrió allí el profundo deseo de Dios, cuando sentía el hambre de una Belleza, una Verdad y un Amor sin límites.

“¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que estabas tú dentro de mí, y yo fuera, y fuera te buscaba yo y sobre esas hermosuras que tú creaste me arrojaba deforme. Estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Lejos de ti me tenían aquellas cosas, que si no estuvieran en ti, no tendrían ser. Clamaste y diste voces, y rompiste mi sordera; relampagueaste, resplandeciste y ahuyentaste mi ceguera; exhalaste fragancia, la respiré y anhelo por ti; gusté de ti y tengo hambre y tengo sed; me tocaste y me abrasé en deseo de tu paz”
(*Confesiones*, X,27,38)

Otro rasgo de su proceso es la necesidad, sentida en primera persona a lo largo su camino de búsqueda para lograr la felicidad, de superar dos “tipos de hombres”, como dijo él mismo predicando en Cartago, el año 413: el materialista (representado por los epicúreos de su tiempo) y el espiritualista (como los estoicos). Unos defenderán el goce al máximo de todo lo que está a nuestro alcance en el mundo sensible; los otros sostendrán que sólo el cultivo del espíritu, el control y el equilibrio interior, podrán dar la paz. La alternativa cristiana, el hombre cristiano, será el que vive de la gracia, experimentada en la historia concreta y visible, aunque descubierta y disfrutada por el corazón sencillo del que se deja amar.

Todo ello es atravesado por una búsqueda apasionada de la Verdad y la Belleza; la del mundo, la del ser humano, la de Dios.

¿Es posible hoy esperar una experiencia semejante a la de San Agustín en nuestros amigos y conocidos incrédulos?

- ¿Es posible hoy la pasión por la verdad?

- ¿Es posible hoy superar la alienación y recuperar el “yo” verdadero con toda su profundidad?

- ¿Es posible hoy ir más allá de los materialismos y espiritualismos, para vivir humildemente suspendidos sólo del amor gratuito de Dios?

Él lamentaba haber amado a Dios tarde. Los tiempos de Dios no suelen ser los nuestros. Pero no le sabrá mal a Dios que le pidamos que apresure la manifestación de su luz a la mirada ciega de tantos, que hoy están lejos de conocer la verdadera felicidad.

Testigos de la conversión: San Hilario de Poitiers

(23-9-2012)

En tiempos de San Agustín, entre los siglos IV y V, se dieron importantes conversiones. Personajes, algunos relacionados directamente con él, mentes privilegiadas, cultivadas en la cultura pagana, grandes y honrados buscadores, apasionados por la Verdad, como su íntimo amigo Alipio, el filósofo Mario Victorino, el africano Optato de Milevi, el gramático y escritor Lactancio, el gobernador, poeta y obispo Paulino de Nola... Cuando San Agustín hablaba de ellos utilizaba la imagen bíblica de la toma por los hebreos del oro y las joyas de los egipcios antes de iniciar el Éxodo: aprovecharon el “oro, la plata, los vestidos y las riquezas de la cultura y la filosofía pagana” para conocer más la verdad de Dios y predicarla (cf. *Ex* 12,35). Otra imagen bíblica expresará en la tradición la profunda transformación que significó la conversión a la fe cristiana de estos y otros personajes: así como profetizó Isaías para los tiempos mesiánicos la transformación de las espadas en arados y de las lanzas en podaderas, lo que era instrumento de muerte en herramientas de trabajo (cf. *Is* 2,4), así estos filósofos cambiaron el pensamiento y la cultura pagana en instrumento para profundizar, penetrar en la Verdad de Jesucristo y anunciarla. Era la misma razón, el mismo pensamiento, el mismo “material” que antes, pero con diferente forma y finalidad. En efecto, también la cultura humana y pagana es aprovechada y transformada por la fe.

Destacamos al gran Hilario de Poitiers, no sólo por es un modelo de este modo de hacer, sino también porque en su búsqueda, según su propio testimonio, superó un momento que hoy muchos comparten y que aducen como razón para “no necesitar la fe”.

Al inicio de su gran obra sobre la “Trinidad” da algunas

informaciones sobre su camino de fe. Dice que siempre pensó que la felicidad no venía del oro o de la riqueza. Pero que, si bien le parecía adecuado lo que muchos creían, es decir, que la hemos de conseguir comportándonos correctamente, con paciencia, bondad, solidaridad y justicia, esto sólo no le satisfacía:

“Pero no me parecían maestros idóneos para la felicidad... Mi alma se apresuraba a conocer a Dios, autor de don tan grande, al que se debía toda entera y con cuyo servicio pensaba que se ennoblecía; en el que apoyaba toda su esperanza; en cuya bondad descansaba, como en puerto muy seguro y conocido, entre las desgracias y preocupaciones presentes. Mi alma ardía con afán inflamado en deseos de entenderlo y de conocerlo” (I,1-3)

Existía y existe una ética, unos valores “concordes con el sentir humano”, como dice el mismo Hilario. En su camino aprecia esta ética. Pero sigue insatisfecho: no es suficiente, pues no tiene consistencia, sólo son normas de vida correcta, justa, aceptada quizá por una mayoría. Él quería llegar a la fuente y al fundamento seguro (“al puerto”) en el que descansar y del que extraer constantemente esperanza para la vida. Además, no era posible que este puerto estuviera sometido a las vicisitudes y cambios que conocemos y, al mismo tiempo, debía ser algo o alguien vivo... El hallazgo del Dios de la Biblia, el de Moisés, los profetas y los Evangelios fue para él el paso a la inmensidad de una sabiduría capaz de colmar todo anhelo de felicidad.

- Quien se convierte a la fe cristiana, ni deja de ser la persona humana que siempre fue, ni renuncia a su razón y su cultura. Sólo la transforma con nueva luz.
- El humanismo, sus valores y la ética que de él se derivan, serán siempre bienvenidos por el creyente.
- Pero ese humanismo decepciona a quien siga el deseo más

profundo del corazón: será sólo el umbral o un primer paso hacia la luz.

Así explicará Hilario el efecto y el punto de llegada de su búsqueda:

(Abandonadas las cuestiones capciosas e inútiles) “mi espíritu descansaba alegre en su esperanza, en ese reposo consciente de su seguridad... no temía la venida de la muerte, pues la consideraba como un camino hacia la eternidad” (I,14).

Testigos de la conversión: Santa Clara

(30-9-2012)

Como es sabido, ya en el siglo IV la situación de los cristianos y de la Iglesia dentro del Imperio Romano cambia profundamente: el cristianismo pasa de ser un grupo o un movimiento amplio, pero perseguido o meramente consentido, a constituirse en “religión oficial” del imperio. Ello, naturalmente, no significaba que automáticamente todos los ciudadanos fueran creyentes convertidos, pero sí que era el inicio de un largo período de la historia, en el que la fe cristiana impregnaba todos los ámbitos de la sociedad: la cultura, el pensamiento, la ciencia, la política, la asistencia social... Esto hizo que la fe poco a poco “se generalizara”, aunque de hecho perdiera intensidad y profundidad.

¿Desapareció entonces “la conversión” como experiencia normal en la sociedad y en la Iglesia? De alguna manera sí. Durante un tiempo se producían conversiones en el terreno de la relación de la Iglesia y las llamadas herejías. Pero sobre todo siguieron las conversiones a Cristo como cambios profundos de vida, no tanto de la “increencia” a la fe, sino de una fe meramente formal, inoperante, aburguesada, a una fe vivida desde el corazón, sincera, radical. Normalmente este paso desembocaba en alguna forma de vida consagrada, un monasterio, un convento, etc. Así ha ocurrido en la Iglesia durante siglos. Esencialmente la conversión a Cristo viene a ser la misma en un caso y en otro, pues al fin y al cabo, la vida consagrada es una radicalización de la fe y de la conversión a Cristo.

Como testimonio relevante de esta experiencia elegimos, entre otros muchos, a Santa Clara de Asís. En pleno siglo XIII una joven de dieciocho años podía vivir perfectamente y sin grandes complicaciones, siguiendo las pautas establecidas de la sociedad burguesa de entonces. Posibilidades económicas, futuro asegurado

con la perspectiva de un buen matrimonio, prestigio social y todas las necesidades cubiertas. Pero esto puede no ser suficiente para un corazón grande y apasionado. En la noche del Domingo de Ramos del año 1211, con una compañera y amiga, tras haber abandonado casa y familia, asume el carisma de San Francisco, para vivir siguiendo a Cristo en pobreza absoluta y radical. Un nuevo Bien, una nueva Luz, una nueva Belleza, un nuevo Amor viene a suplantar el brillo de la vida “normal”, legítima, buena en sí, que llevaba hasta entonces.

Cuando ocurre esto, uno tiene la sensación de que antes no creía realmente. Es como si la fe cambiara: Dios, Jesucristo, es el mismo que conocía por su formación cristiana, pero ha habido un descubrimiento inesperado. Santa Clara escribirá a Inés de Praga, hija del rey de Bohemia, sobre Jesucristo:

“Su poder es más fuerte, su generosidad más elevada, su aspecto más bello, su amor más suave y toda gracia más fina... Y te ha coronado con una corona de oro grabada con el signo de la santidad”.

Y no sólo parece haber cambiado aquello que creemos, sino también la forma de creer. Se abre paso aquel modo de creer que es idéntico prácticamente con el modo de amar. La fe se impregna de abandono, de confianza, de donación de sí, de afecto, de profundidad y de transparencia.

- Creer es amar. Es un rostro del amor. Es abandonarse al que se nos ha mostrado absolutamente digno de confianza.
- Amar es creer. El amor comienza con un acto de fe en la persona amada y toda la vida de amor es un continuo acto de fe.
- Así la fe y el amor se alimentan y se sostienen mutuamente.

La fe en Cristo y la conversión, entonces, responden a la misma lógica: la que dicta el anhelo insaciable de Verdad, Bondad y Belleza.

Testigos de la conversión: San Ignacio de Loyola

(7-10-2012)

Esa forma de “conversión”, vivida dentro de un mundo “oficialmente cristiano”, perduró a lo largo de siglos en la Iglesia. De hecho, aún se da en nuestros días, en la medida en que todavía puede respirarse un ambiente cultural y social, en el que “lo cristiano” no ha llegado a ser algo absolutamente extraño. El caso es que hoy siguen teniendo una gran importancia las conversiones a Cristo “dentro de la fe, al menos de la fe formal”, dado el hecho, que todos lamentamos, del gran número de bautizados “no convertidos realmente”.

En pleno siglo XVI, en el marco de un cambio significativo del mundo occidental (intento de colocar al ser humano en el centro de todo), cuando la Iglesia se veía ante el reto de llevar adelante la llamada “reforma católica”, junto a grandes literatos y artistas del “Siglo de Oro” español, hallamos extraordinarios convertidos, santos y fundadores. Entre ellos podemos destacar a San Ignacio de Loyola a manera de paradigma.

Su testimonio tiene hoy un valor extraordinario. En primer lugar, porque, como ocurría en San Agustín, primero vivió y después plasmó su experiencia, para bien de todos, en su autobiografía, *Relato del Peregrino* y más profundamente en los propios *Ejercicios Espirituales*. En segundo lugar, porque ilumina una cuestión fundamental para entender y vivir la conversión: “la verdad de la libertad humana”.

Desde su nacimiento en 1491 vivió los años jóvenes, como tantos entonces y ahora, en ambiente “cristiano”, pero de hecho inmerso en la ambigüedad de los criterios y las formas, que podemos denominar “paganas”: ambición, bienestar, placer, fuerte sentido del honor, lealtad, esfuerzo... El estilo de vida “cortesano” junto al poder

y que hoy bien se justificaría con la máxima de la “necesidad legítima de autorrealización”. La convalecencia obligada por una herida de batalla en la ciudadela de Pamplona, fue la ocasión de un primer paso decisivo: la vuelta en sí, a su interioridad, donde descubriría la realidad de su persona: “quién era y qué hacía realmente” en la vida.

Un primer hallazgo fue que de hecho, contra toda apariencia, era un esclavo, entregado a una servidumbre que conducía al vacío y a la muerte. Otros testimonios le mostraban vidas plenas y libres, sirviendo a “otro Señor”.

Un segundo hallazgo: él tenía que optar entre un camino u otro y podía hacerlo. Así quedó plasmado en la conocida meditación (4º día de la 2ª semana de los *Ejercicios*) de las dos banderas, dos señores, dos llamadas, dos promesas... Un ejercicio en el que la libertad – responsabilidad humana es interpelada y tomada absolutamente en serio: nos jugamos la vida y la felicidad en la opción entre uno y otro camino. Su testimonio nos recuerda que:

- Nuestro amor está encadenado. Siempre servimos a algo o a alguien. La cuestión es si servimos para la libertad o para la esclavitud.
- La opción es inevitable. Hemos de superar el miedo a la libertad radical: está en nuestras manos nuestro destino.
- Nos fiamos de la llamada de Jesucristo a servir en pobreza, en disponibilidad para el sufrimiento y en humildad, adentrándonos en el camino que nos conduce a la libertad.

Aceptar su llamada significó emprender una peregrinación en pobreza radical, guiado por el Espíritu que se le insinuaba interiormente. Fue su intento de ir a Tierra Santa y su experiencia en Manresa. Allí diría a Dios:

“Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer; Vos me los disteis, a Vos, Señor, lo torno, todo es vuestro,

disponed a toda vuestra voluntad; dadme vuestro amor y gracia,
que ésta me basta” (EE 234)

Testigos de la conversión: Blaise Pascal

(14-10-2012)

El mundo sigue su curso y la Iglesia también dentro de él. Un siglo después de San Ignacio de Loyola llama nuestra atención otro “converso”: el científico, matemático, físico, filósofo y teólogo francés, Blaise Pascal. Su testimonio nos resulta de máximo interés por el hecho de estar aún más cerca de nosotros en determinados aspectos. A veces nos viene a la imaginación su figura, cuando un adolescente o un joven se ven deslumbrados por un profesor agnóstico o ateo, o simplemente cuando descubren en la universidad el mundo poderoso de la razón, la ciencia o la técnica y, como consecuencia de ello, dicen perder la fe.

En tiempo de Pascal, siglo XVII, se produce, por así decir, un primer estallido de la modernidad. La razón humana y la ciencia, emancipadas, progresan y se convierten en las rectoras de la vida y del universo. Una verdadera revolución, en el marco de la cual se despierta la gran pregunta: ¿es posible seguir creyendo en el Dios de Jesucristo después de verificar la capacidad del hombre para dominar el mundo, la historia, la técnica, la salud, el progreso, la economía, el bienestar?

Pascal dio una respuesta extraordinariamente lúcida a esta pregunta. Pero también tuvo su historia. De inteligencia superdotada, recibió su primera formación en su propia familia. El ambiente “formalmente cristiano”, con ocasión de un accidente del padre en 1646, recibe una primera sacudida, y el contacto con la espiritualidad de Port Royal, la fuente del movimiento jansenista, provoca en Pascal lo que algunos llaman “una primera conversión”. Pero, dedicado de lleno a la investigación científica e inmerso en el ambiente de las relaciones sociales experimenta “el mundo”, su afán de prestigio, su vanidad y su frivolidad. Un período de su vida que concluye con la

noche de su gran experiencia religiosa del 23 de noviembre de 1654, cuando, seriamente enfermo, se experimenta “desnudo” e impotente ante Dios y asume plenamente el sentido del sufrimiento que reveló Jesucristo. Es su “segunda conversión” que dejó descrita en su *Memorial*.

A partir de entonces experimentó un cambio profundo. Siguió con sus investigaciones, pero vio cómo se radicalizaba su compromiso moral y religioso (frente a la laxitud y condescendencia de determinados grupos), aplicó su inteligencia y su cultura a profundizar en lo que creía, a dar razón de ello y “defenderlo” con seriedad, rigor y profundidad. Esta defensa razonada de la fe, quedó plasmada en lo que hoy conocemos como sus *Pensamientos*.

Es un exponente, junto a tantos otros, de que la fe cristiana no es incompatible con la inteligencia, la ciencia, la cultura y el desarrollo de todo lo humano. Pero su testimonio nos deja otras muchas enseñanzas:

- El acceso a la fe siempre suele producirse habiendo atravesado la experiencia de un “límite” de las capacidades humanas. Esta experiencia a veces significa una sorpresa, un choque, una contradicción frente al orgullo y la seguridad en las propias fuerzas.
- La fe comienza cuando esta experiencia del límite va acompañada del descubrimiento de “otro mundo”, otra manera de ver la realidad, inesperada, pero más real que la conocida hasta entonces y que el propio Pascal denominaba “el orden del amor” (distinto del de los cuerpos y de los espíritus).
- Este otro mundo es el de Jesucristo. Se llega a Él, no por un razonamiento matemático, sino mediante una decisión, una apuesta a favor suyo, que no se realiza ciegamente, sino sobre la base de los indicios que el mismo Dios ha ido dejando en el mundo y en nuestra vida.

Nos consuela comprobar en su vida que la fe también tiene su historia y sus momentos, y que, aun muriendo a los treinta y nueve años, como fue su caso, la vida de un verdadero creyente siempre se puede considerar plenamente realizada, por el hecho de haberla entregado a Cristo y a los hermanos.

Testigos de la conversión: San Francisco Javier

(21-10-2012)

El testimonio de Blaise Pascal es realmente misionero. Cuando el científico y médico japonés, Tahashi Nagai, afectado por profundos interrogantes acerca de la vida humana, halló su libro de los *Pensamientos* en la biblioteca de la Facultad de Medicina, no pudo evitar devorarlo, como si fuera un manantial incesante que saciara su sed. Fue un primer paso. El segundo fue el conocimiento “casual” de una sencilla familia católica, que le acogió como huésped. Le extrañó que esta familia interrumpiera cada día el trabajo a las doce y se pusiera a rezar. La joven Midori Moriyama le explicó que eran católicos y que cada día recordaban el momento del anuncio del ángel a María. Su sorpresa fue comprobar que aquella familia “creía lo mismo que Pascal” y conservaba esa fe desde hacía cuatro siglos, cuando un personaje singular, Francisco Javier, inició allí las primeras comunidades cristianas. El santo no podía imaginar que la fe transmitida entonces por él vendría a fructificar en Tahashi Nagai, en la práctica heroica de la medicina radiológica y, sobre todo, en su muerte en Nagasaki, tras quedar absolutamente agotado, ayudando a las víctimas de la bomba atómica.

El día del *Domund* nos recuerda el compromiso de la Iglesia de anunciar la fe a todas las gentes, allí donde Jesucristo no es conocido o no es creído. ¿Por qué comunicar la fe a quienes no creen, si lo que necesitan, especialmente los más pobres, es apoyo en su desarrollo humano?

San Francisco Javier lo tenía muy claro. Él también era un “convertido”. Su juventud, incluido el tiempo de estudiante en la universidad de París, fue la típica de “una buena persona”, un excelente amigo, sincero, entregado a las mejores causas –hoy quizá colaboraría con una “oenegé”– simpático, inteligente... Pero su

encuentro con San Ignacio de Loyola fue decisivo: aprendió que nada en el mundo, ni siquiera la satisfacción de hacer el bien a los demás, vale la pena, fuera de entregar la vida totalmente a Cristo y servirle. Y este Cristo le había susurrado al oído: “Ve al mundo entero y predica el Evangelio a toda la creación... Quien crea y sea bautizado se salvará” (Mc 16,15-16).

Desde entonces, servir y amar a Cristo absolutamente, pasaba para San Francisco Javier por el anuncio de la fe y el ofrecimiento del bautismo a las gentes más lejanas. No deja de sorprendernos cómo vivió tan estrictamente el vínculo de la fe y el bautismo con la salvación de todo el mundo, hasta dar por ello la vida. Pero eso es ser misionero, en eso consiste el compromiso misionero de la Iglesia.

- La entrega a la investigación, la labor asistencial de Tahasi Magai hasta la extenuación, no procedían de un sentimiento ético pasajero, sino que constituían un auténtico florecimiento de su fe cristiana.

- Lo que el misionero Francisco Javier hizo al transmitir la fe en Cristo y bautizar, era la siembra de la nueva humanidad, que ya había resucitado en Cristo.

- Esta nueva humanidad es salvación para los que creen y son bautizados, pero también para los que a lo largo y ancho del mundo se conectan a la red fecunda y misteriosa de la fe o reciben el beneficio de su amor concreto.

Dicen que la tarea misionera de San Francisco Javier consistió en llevar por el mundo el significado de la imagen del Cristo, crucificado y sonriente, que le iluminó desde niño en el Castillo de Javier.

Las certezas de mosén Nicolau

(28-10-2012)

Hace unos días Mn. Francesc Nicolau i Pous, que nos honra contándonos entre sus amigos y hermanos en el sacerdocio, me regaló y dedicó el último de sus libros: *Certes científiques i fe cristiana*. Siempre le agradecemos cada uno de sus muchos trabajos, pero éste merece particularmente nuestro reconocimiento. Primero porque constituye una síntesis de lo que siempre ha ido insinuando aquí y allá sobre el problema, muy actual, de la relación entre la fe y la ciencia. Segundo, porque resulta realmente oportuno en el contexto del Año de la fe. Por ello le he pedido permiso, y me lo ha concedido, para aprovecharme de su sabiduría y escribir estas breves líneas.

De Mn. Nicolau recibimos el testimonio luminoso del creyente y sacerdote, enamorado de la inteligencia y la razón, especialmente de la razón científica, “con conocimiento de causa”. Este orden de calificativos debe mantenerse así, como “orden de los amores”, que diría San Agustín: su primer y fundamental amor es Cristo y el sacerdocio, después la inteligencia, la razón y la cultura, y después la ciencia. Cada amor produce su “certeza”, de mayor a menor, y cada certeza funda la siguiente. Pero lo más interesante de su testimonio, en el marco del Año de la fe, es comprobar cómo, conservando esta precedencia, pasa de un “amor” a otro con lucidez, sabedor de que da pasos de un terreno a otro diferente, pero sin rupturas, conservando la coherencia y el equilibrio.

Muchos todavía creen que es incompatible la fe y la ciencia y se decantan por una contra la otra: quienes siguen pensando que tener fe es de poco inteligentes, o quienes renuncian a pensar o a investigar, para defender la fe. Como Mn. Nicolau suele contar, su dedicación a la ciencia (matemática, física, astronomía...),

anecdóticamente se debe a que siempre ha obedecido y a las circunstancias que le ha tocado vivir. Pero, más allá de la anécdota, podemos descubrir que la mano providente de Dios le ha llevado a la ciencia del modo como la ha hecho, no a pesar de su fe, sino precisamente por su fe. ¿Qué le ha aportado la fe? La fe, como en todos nosotros, le aporta un marco fundamental de sentido, la verdad, el valor y la belleza de la vida, el cosmos, la naturaleza, la persona humana, el origen y el destino de todo, el porqué y el para qué de todo lo que existe. Y dentro de ese marco de sentido está la ciencia. Es por eso que la fe ha aportado a Mn. Nicolau la visión realista y objetiva del mundo, la sensatez y el equilibrio, incluso el amor a la ciencia.

- La realidad creada por Dios es tan rica, que requiere muchas miradas. La mirada de la fe nos descubre por qué y para qué existe. La mirada de la ciencia nos dirá algo de cómo existe.
- Cada forma de mirar sabe sus límites, su objeto (qué es lo que mira y ve) y su método (con qué instrumentos), escucha y respeta a la otra, sin ignorarse, ni suplantarse.
- En el corazón y en la inteligencia, especialmente del científico, se puede verificar una iluminadora complementariedad entre la fe y la ciencia.

Seguramente Mn. Nicolau suscribiría lo que me decía un profesor astrónomo y cosmólogo: “asumir la hipótesis de Dios me ayuda a comprender (y vivir) mejor la realidad”. No puede ser de otra manera, pues la Verdad de las cosas, del hombre y de Dios es única.

Testigo de segunda conversión: San Juan Bosco

(4-11-2012)

Nos hemos dejado iluminar por cristianos que vivían una verdadera conversión, aunque dentro de una fe, que hasta entonces era formal y sin fuerza transformadora. Pero tenemos la oportunidad de recibir el testimonio de lo que podemos llamar “segunda conversión” o, en términos industriales, “re-conversión” de una fe, que desde sus inicios fue viva y sincera.

La familia salesiana y sus amigos vivirán estos próximos días, en las comunidades cercanas a Barcelona, una particular reafirmación de su fe, en versión del propio carisma. El motivo será la presencia de la urna conteniendo las reliquias de San Juan Bosco. Desde el año 2009, cuando se cumplían 50 años de la fundación de la Congregación, este testimonio de su presencia “peregrina” por los “lugares salesianos” de todo el mundo. Su camino culminará el año 2015, cuando se cumplan 200 años del nacimiento del fundador.

San Juan Bosco desde su infancia es un verdadero cristiano empapado de pobreza y sufrimiento. Su fe, sin embargo, quizá por influencia de su madre Margarita Occhiena, parece un motor de humanidad, de lucha y esperanza. Es la fe verdadera que despierta sueños y alimenta los mejores sentimientos y deseos. La fe que le lleva al seminario y al sacerdocio.

Pero dentro de ese camino puede haber especiales momentos de reencuentro con Jesucristo, visiones más claras de su luz, que conduzcan a reorientaciones de la vida. Así Jesucristo le salió a su encuentro en el rostro de los jóvenes Bartolomé Garelli y Miguel Rúa, en los numerosos de jóvenes obreros, víctimas de la explotación de la revolución industrial, en los consejos de su director espiritual P. José Cafasso, en la espiritualidad de San Francisco de Sales, en los obstáculos a su proyecto educativo y en las manos que le ayudaron,

en el apoyo del Papa Pío IX y también en los trabajos de pastelería, sastrería, ferretería, zapatería, carpintería, en la pedagogía preventiva y en el estilo del oratorio... La fe aquí consiste en descubrir esa presencia de Cristo llamándole como una realidad absoluta, con el peso de su Palabra y la urgencia de su amor y responder jugándose todo por Él. Esto es esencialmente lo que llamamos “la vocación especial”.

La vida de Don Bosco, desde aquel primer oratorio de Valdocco, no fue sino un desarrollo de esa experiencia desencadenante. Cada decisión, cada contradicción, cada proyecto, cada alegría, cada gesto, cada ayuda a los jóvenes, era respuesta al Cristo que le buscaba y le llamaba a la misión concreta. Parecía que la fe en Cristo le hacía creer en los jóvenes y en el trabajo que hacía por y con ellos. Por eso no había en él ningún problema de dualidades ni separaciones: la catequesis, la celebración de la Eucaristía, el sacramento de la reconciliación, la oración con los jóvenes, se hacía con la misma naturalidad, el mismo amor y la misma alegría que las excursiones, las clases, las sesiones de teatro, los juegos, la música...

- La fe y la conversión es un continuo de búsqueda, hallazgo y respuesta.
- A más claridad, más fe y conversión, por tanto, más amor.
- Por eso la fe y la conversión sirve y salva a la humanidad.

Dicen que dijo Don Bosco un día a los jóvenes que le rodeaban: “Os debo mi vida. Pero estad seguros, de ahora en adelante la derrocharé toda por vosotros”. Lo había aprendido de Cristo.

Testigos de la conversión: Alexis Carrel i Jaques Loew

(11-11-2012)

Ciertamente no son pocos quienes dicen no creer en Dios o haber perdido la fe aduciendo argumentos científicos. Pero no son menos los que han ido de la ciencia a la fe o han vivido la condición de científicos rigurosos y serios en perfecta armonía con su condición de creyentes. Hemos de precisar que es raro, podríamos decir incluso “imposible”, el camino que va directamente de la ciencia a la fe, sin haber pasado por la vida personal, por el cuestionamiento de la vida humana.

El testimonio de Alexis Carrel, gran médico, cirujano e investigador, premio Nobel de Medicina, a quien le debe mucho la técnica del trasplante de órganos, sobresale entre muchos científicos creyentes, por lo profundo, dramático y apasionado de su vida. Habiendo afirmado con la seguridad del entendido, no exento de ironía, la imposibilidad del milagro y, en todo caso, la explicación de fenómenos semejantes por la fuerza de la sugestión psicológica, asiste directamente a la curación absolutamente inexplicable de la joven María Ferrand, a quien seguía y trataba como médico en Lourdes. Este golpe, experimentado en apenas dos horas, le produjo una revolución interior tal que, según sus propias palabras, “creía volverse loco”. Dios se había convertido para él en “un dato de la experiencia”, o mejor, en un supuesto necesario para explicar una experiencia. Podríamos decir que desde entonces “se entregó a Dios” en la oración y en la reflexión.

Sin embargo lo más significativo fue que se entregó con mayor pasión a la medicina y su investigación, con el solo objeto de “ayudar a las causas humanas más sufrientes”, afrontando todo tipo de padecimientos, sobre todo en tiempos de las dos guerras mundiales. Porque en realidad su gran descubrimiento fue el ser humano real y

verdadero. Por eso escribió aquel famoso libro que dio la vuelta al mundo *La incógnita del hombre*, todo un alegato y una reivindicación de la condición del ser humano como espíritu libre, a modo de denuncia contra la reducción que de él ha hecho la sociedad y la cultura materialista de occidente.

Su testimonio nos recuerda otro, más sencillo, pero semejante: el de Jaques Loew. Cuenta en su libro *He buscado en la noche* que, con un pasado igualmente “materialista”, rodeado de amigos, gozando de la vida, muchas veces “se aburría en las fiestas... se sentía como un títere, un muñeco, que muy pronto podría ser sustituido por otro”; que, enfermo, se retiró al silencio de la montaña, en la cartuja de Valsainte. Allí comprobó la alegría de la austeridad y la sencillez. A su regreso, en la estación, quedó impactado por la majestad de la locomotora eléctrica del tren, máquina poderosa, obra de las manos humanas.

“Comprendí –dice–, como un relámpago, qué era el espíritu... Que más allá de todos los progresos técnicos, hay en nosotros una fuerza invisible que es capaz de hacernos conectar con Dios... El hombre que ha descubierto esta realidad ha encontrado el verdadero ‘yo’ de su vida... El que lo ignora, aunque vaya cubierto de lujo, es como un ciego que se encuentra en una ciudad desconocida”.

Bastaría con que los científicos aceptaran que el ser humano sigue siendo y será siempre una incógnita para la mirada puramente científica...

Conversión y vocación: Manuel García Morente

(18-11-2012)

No es raro el hecho de que un convertido del ateísmo o el agnosticismo a la fe cristiana acabe pidiendo una consagración o vocación especial dentro de la Iglesia, como el sacerdocio o la vida religiosa. Tiene su lógica, pues en definitiva la fe (conversión) cristiana es ella misma una respuesta a una vocación, y la vocación especial es en el fondo una nueva o más profunda conversión.

Manuel García Morente es, en este sentido, un caso paradigmático. Hijo de una familia culta, de un padre liberal y una madre muy religiosa, se educó en el Liceo de Bayona, en Francia, donde perdió totalmente las débiles huellas de fe que le quedaban de la infancia. Su trayectoria personal es un tremendo claroscuro. Por un lado el triunfo y el éxito, asegurado por su extraordinaria inteligencia, su cualidad de brillante comunicador y por la modernidad de su pensamiento: su formación en Francia y Alemania, su integración en la *Institución Libre de Enseñanza*, la cátedra de Ética en la Universidad Central de Madrid (1912), numerosas conferencias y publicaciones, su cargo de subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública (1930), en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, etc. Por otro, las contradicciones: muerte prematura de su madre y de su esposa Carmen y, más tarde, la de su hermana Guadalupe; el ajusticiamiento en 1936 de su yerno Ernesto Bonelli a manos de fuerzas republicanas por su condición de católico declarado; la misma persecución violenta política y antirreligiosa, que alcanzaba a él y a su familia; su autoexilio a Francia y la vida que allí vivió en soledad y miseria. Su ateísmo era consciente y fundado. La fe y la Iglesia se le aproximaba en la admiración que le merecía el obispo de Madrid, Eijo Garay, por su cultura filosófica y, sobre todo en las personas que le habían mostrado un amor más sincero y

concreto: su madre, su hermana, su esposa y su yerno, a quien él amaba por su carácter abierto y simpático.

La visión de su vida y las vicisitudes experimentadas en su exilio de París le abrieron la mirada a la hipótesis de un Dios Providente, aunque lejano. Pero lo halló en lo que él mismo denominó el “hecho extraordinario”: en plena noche de dudas y tormentos interiores, por un lado escucha la música de “La infancia de Jesús”, de Berlioz, que le evoca numerosas escenas del Evangelio en las que Jesús se muestra como el Dios de la Verdad ofrecida como misericordia y amor; por otro, ve a través de la ventana la figura de Montmartre, el Monte de los Mártires, que habían asumido libremente la gracia ofrecida y habían dado su vida por Jesús... Y este Jesús se le hizo presente, real y visible... Dirá en su carta a D. José María García Lahiguera:

“Ese Dios es el verdadero Dios, Dios vivo; esa Providencia viva –me dije a mí mismo–. Ese es Dios, que entiende a los hombres, que vive con los hombres, que sufre con ellos, que les consuela, que les da aliento y les trae la salvación”.

La fe supuso para él abrazarse a ese Dios como un absoluto, desde el cual desarrollar toda su vida de intelectual y profesor. Cuando Jesucristo adquiere tanto peso en su vida no puede menos que entregarse a Él absolutamente y servirle: en eso consistió su vocación al sacerdocio. Con profunda humildad, pobreza, libertad y alegría, tras un tiempo de formación, fue ordenado sacerdote el 21 de diciembre de 1940.

Creer, como el sacerdocio, es devolver el amor recibido.

Conversión desde el marxismo: Douglas Hyde

(25-11-2012)

En este domingo concluye el Año Litúrgico y celebramos la fiesta de Cristo Rey. Vemos a Jesucristo al final de la historia, a modo de culminación de todos los tiempos, donde se cumplen la plenitud de la humanidad y el designio divino sobre el mundo. Muchas veces, con motivo de esta festividad, nos ha venido a la mente el recuerdo de tantas personas que sueñan o han soñado con una utopía final, un cambio definitivo que diera acceso a un mundo feliz, una sociedad sin clases ni conflictos. Éste era el caso de los marxistas convencidos.

Al menos sobre el papel, y en formulaciones expresas de Karl Marx y otros muchos autores, esta lucha incluía el ateísmo en el sentido de superación de la fe, en tanto que constituía un obstáculo fundamental para la liberación de la persona humana y de la sociedad. Pero la doctrina marxista ofrecía tantos puntos en común con el compromiso cristiano sobre el mundo, que muchos cristianos la asumieron como instrumento de transformación social.

Douglas Hyde (1911–1981) (no confundir con su homónimo, que llegó a ser presidente de la República irlandesa) fue uno de los representantes más típicos de estos procesos. Era un creyente, miembro de la secta protestante de los metodistas. Estudiante de teología, con aspiraciones misioneras, soñaba con cambiar el mundo desde una profunda preocupación social. Al conocer aún joven el comunismo, se apuntó inmediatamente al partido. Un profesor le advirtió de que esa doble militancia era como servir “a dos señores”, Dios y el materialismo. Entonces optó por el marxismo, que para él era garantía de lucha por la justicia. Se entregó apasionadamente a la causa desde su brillante oratoria y sobre todo desde su labor periodística. Como director del *Dayly Worker* debió seguir las directrices del partido, es decir, la difícil y tantas veces contradictoria

actuación entre los ideales y la práctica política. Dos hechos pusieron en evidencia ante sus ojos los límites, tanto de una ideología reduccionista, como de una política concreta. Por un lado, su enamoramiento de Carol, una joven compañera de partido: fue para él una bocanada de humanismo concreto, más allá de las teorías abstractas de la ideología. Por otro, los cambios de táctica partidista a favor o en contra del pacifismo, según las alianzas o enfrentamientos con el fascismo de Hitler en torno a la Segunda Guerra Mundial. Simultáneamente, Jesucristo se le acercó por un camino no exento de ironía. Habiendo recibido el encargo de combatir en la prensa las opiniones del *Weecly Review*, un semanario católico en el que se denunciaba el materialismo (también capitalista) y la dictadura soviética, tuvo que conocer y profundizar en la doctrina social que en él se vertía. Se iban produciendo las persecuciones y atrocidades de la dictadura soviética. El resultado fue que descubrió todo un cuerpo de doctrina, que respondía al ideal siempre buscado. Dimitió de su cargo y se dedicó a escribir y dar conferencias, despertando las mentes y sirviendo a la causa de los más pobres.

Desmitificar un ídolo (ideología y su correspondiente realización política, como absolutos redentores) y descubrir la Doctrina Social de la Iglesia, según sus palabras, como heredera de “los antiguos valores morales y del amor cristiano, capaz de responder a las aspiraciones sociales, políticas y espirituales de la humanidad” significó el umbral de la fe. En su obra *Yo creí* escribió:

“No me fue fácil llegar a conocer a mi nuevo Dios. El amor de Dios no me llegó automáticamente... Lentamente, yo llegué a conocer el amor de Dios. Pero una cosa es segura: mi Dios no ha fracasado”.

Conversión desde el judaísmo: Eugenio Zolli

(2-12-2012)

Comenzamos el Adviento y seguimos con nuestro propósito de dejarnos iluminar por testimonios de conversión a la fe de Cristo. La espiritualidad de este tiempo litúrgico nos introduce en ese mundo apasionante de la expectación mesiánica del pueblo de Israel, aquel motor de vida que alimentaba las luchas, permitía afrontar los sufrimientos y sazónaba las alegrías del Pueblo Elegido. Esta expectación en los mejores judíos es verdadera esperanza. Los cristianos nos preguntamos: ¿qué fe sostiene esta esperanza?

En este sentido resulta indispensable hablar del que fue Gran Rabino de Roma, Eugenio Zolli (1881-1956). Su recuerdo nos venía, en primer lugar, a causa del significado profundo de su vida en sí. Pero también, en este tiempo de Adviento, al evocar una preciosa descripción y reflexión, aparecida en su autobiografía *Antes del Alba*, de la fiesta judía de la *Janukkah*, dedicada a la memoria de los héroes macabeos. Coincidiendo casi con la Navidad cristiana, los judíos celebran esta fiesta, realizando el rito de encender ocho velas de colores, una cada tarde. Recuerda él cómo tras disfrutar del resplandor de las velas, pasaba a la comprobación de su decadencia hasta su extinción, lo cual le ocasionaba un extraño sentimiento de melancolía. La llama, sin embargo, le decía que él junto con otros muchos llevaba la luz y el fuego dentro...

Gran filólogo y especialista en la Biblia, conoció desde siempre el Nuevo Testamento, que interpretaba desde el Antiguo. Conocía, por tanto, a Jesús en el testimonio de la Escritura. Pero el Jesucristo vivo se le aproximó por otros caminos. Señalo uno, de los más significativos, perteneciente al mundo de su infancia: la visión de la imagen de Cristo crucificado a la cabecera de la cama de un anciano gravemente enfermo, miembro de una familia católica, unida a sus

padres con profunda amistad y admiración: su padre, fiel judío, invitaba al enfermo a recitar el “Escucha Israel, amarás al Señor tu Dios...” (Dt 6,4). “Aquel Jesús no podía ser malo, no moría de enfermedad, ni con rencor, la ramita de olivo junto a su cabeza sugería paz... era el Siervo de Dios sufriente”. El otro camino, más decisivo, el testimonio del Papa Pío XII en su compromiso efectivo de ayuda a la comunidad judía de Roma. Eugenio Zolli se entregó de lleno desde tiempos de Mussolini a la defensa de sus hermanos hebreos. Cuando Hitler, faltando a sus promesas, invade Italia, comienza la deportación de judíos y exige a través del comandante Herbert Kappler el pago de cincuenta kilos de oro en 24 horas, para no deportar 300 judíos. No consiguen reunir más que treinta y cinco. Él mismo se dirige al Papa, quien ordena la donación del resto en joyas del museo, hasta completar el rescate. Cuando la Gestapo, a pesar de todo siguió con la deportación, el Papa intervino consiguiendo detener, al menos por el momento, la masacre...

En 1944 declara su conversión a la fe de Cristo, le destituyen y él mismo dimite de la Sinagoga y es bautizado junto a su familia. Pierde todo, pero gana la alegría y su espíritu se abraza a San Pablo, escribiendo y enseñando maravillas sobre el amor, el perdón, la libertad, de la Gracia, de la Ley...

Quizá el motivo profundo de su conversión consistía en la verificación de que en Cristo las velas de la *Jannukah* ya no se extinguían, sino acercaban al resplandor de la Encarnación, la Muerte y la Resurrección, aunque seguían siendo la misma luz de la esperanza de Israel. Declarará abiertamente:

“La Sinagoga era una promesa y el Cristianismo es su cumplimiento”

Nuestra fe, en efecto, es esperanza.

Conversión desde el judaísmo: Karl Stern

(9-12-2012)

La atmósfera del Adviento sigue contagiándonos la esperanza del Mesías. Y dentro de ella recibimos testimonios de creyentes que nacieron en la fe de Abraham y que acabaron viviendo una profunda conversión a Cristo.

Hasta ahora hemos conocido testigos de una conversión a Cristo desde posturas ateas o agnósticas, bien desde la ciencia, como Alexis Carrel, bien desde una ideología o de un compromiso político, como Douglas Hyde, bien desde el judaísmo, como Eugenio Zolli. Aquí tenemos la oportunidad de profundizar en el testimonio de alguien que es judío, científico y comprometido políticamente: Karl Stern (1905-1975), conocido en el mundo de la medicina por su aportación al campo de la neuropsiquiatría.

La vida de Karl Stern, nacido en Baviera, en el seno de una familia judía liberal, es digna de un argumento de novela. En síntesis podemos decir que su corazón fue una encrucijada de esperanzas. La primera esperanza fue la de la propia fe judía. La segunda fue la medicina, con grandes éxitos en el campo de la investigación neurológica. La tercera, la doctrina y el compromiso marxista, como respuesta a la profunda crisis tras la Guerra Europea y a las situaciones de injusticia.

En el marco del tremendo sufrimiento que soportaban los judíos perseguidos por Hitler, los acontecimientos de su vida personal van poniendo ante sus ojos los límites de todas estas esperanzas. El sionismo se convierte en la defensa de una cultura y de un nacionalismo cerrado, entendido como un absoluto sin referencia alguna al Dios trascendente. El encuentro con el profesor psiquiatra Laudenheim, le permite descubrir un método científico humanista que reconoce y cuenta con la libertad del individuo. El

conocimiento más profundo de personas y grupos comunistas le ponen en cuestión la veracidad y la moralidad de sus planteamientos.

Al mismo tiempo ve aproximaciones de algo distinto. Se enamora de Liselotte, una joven de familia acomodada, pero que había roto con el estilo burgués, optando por un oficio manual y por un claro compromiso social. Será una verdadera compañera de búsqueda. La sencillez y amabilidad de Catalina Huber, una criada católica, de esta familia; la capacidad de diálogo y la amistad con el matrimonio Yamgiwa, japonés protestante, y con la católica Berta Flamm en el Instituto Alemán de Investigaciones Psiquiátricas de Munich, la “exquisita humanidad” de un médico y una enfermera católicos, en la Facultad de Medicina de Frankfurt. Un sermón que escucha casualmente sobre la relación de la fe católica y el judaísmo según San Pablo. Todo le hace pensar que la fe cristiana,

- No sólo no renuncia a ninguna esperanza humana, judía, científica, política, sino que constituye su cumplimiento, purificándolas y enriqueciéndolas.
- Hace posible vivir el sufrimiento y luchar por la vida humana en todas sus formas.
- Se vive en la Iglesia una, universal, católica, que asume cualquier nación o cultura, yendo más allá de todo particularismo.

El testimonio de una religiosa, el de Dorothy Day, convertida y fundadora del Movimiento Obrero Católico, el de Jaques Maritain y su esposa Raissa, el estudio del cardenal Newman, la ayuda del padre franciscano Ethelbert, fueron luces que brillaron más que todos los posibles antitestimonios y prejuicios.

Su recuerdo nos deja muchos mensajes. Nos quedamos con éste: en Cristo recuperó a sus hermanos judíos.

Conversión desde el judaísmo: Simone Weil

(16-12-2012)

No salimos de nuestro camino de Adviento y seguimos dejándonos iluminar por testigos que creyeron con una fe empapada de esperanza, como los grandes hijos de Israel, que lucharon sostenidos por la espera del Mesías.

A veces la luz que recibimos de ciertos testigos es parcial: no todo en ellos es brillo y claridad; pero la que transmiten es de tal intensidad, que constituye una auténtica gracia recibirla y damos gracias a Dios por ello. Tal es el caso de Simone Weil (1909-1943), extraordinaria mujer y no menos extraordinaria creyente. “Extraordinaria”, sobre todo en el sentido de “original y absolutamente fuera de lo común”; “extraordinaria” también por su profundidad y su autenticidad.

Aunque no recibió una educación específicamente religiosa judía, ella no se entendería sin su herencia semita. Alumna brillante de filosofía y literatura clásica en la Escuela Normal Superior de París, manifiesta desde joven una viva sensibilidad hacia todo sufrimiento humano. Como dijo su condiscípula Simone de Beauvoir “Envidiaba un corazón capaz de latir a través del universo entero (más aun que sus dotes de filósofa)”. Sin duda ese corazón sufriente era la clave de su vida. Radical e inquieta ante toda agresión a la dignidad humana, resulta conflictiva en sucesivas instituciones docentes y en proyectos políticos concretos. Se compromete, renunciando a su carrera docente e incorporándose como trabajadora en una fábrica y en el campo, donde obtiene un baño de realidad y “recibe la marca del esclavo”, según sus propias palabras. Vive la contradicción de un pacifismo radical y un sindicalismo revolucionario, al incorporarse al bando republicano de la guerra civil en España, donde aprende a manejar un fusil, que nunca se atrevió a disparar. Muy crítica con el sionismo, sufre sin embargo, como todos los judíos, el acoso nazi. Cuando Francia es invadida, se ve impulsada a colaborar con la resistencia...

Pero lo que más nos impresiona es su reacción ante este mar de sufrimientos y contradicciones. Porque su búsqueda intelectual y vital, así como su voluntad inquebrantable de autenticidad, le abocan a descubrir a Jesucristo, por quien se siente deslumbrada. Vivió, de hecho, en la abadía de Solesmes una profunda experiencia mística y en Asís un impulso irresistible a arrodillarse y rezar. Más concretamente, halla en la Cruz, en su simbolismo y en su verificación real vivida por Jesucristo, la respuesta al dolor y el acceso a toda esperanza. Capta en ella la plenitud de amor, donde se abrazan los movimientos opuestos: la verticalidad del amor entre Dios y el mundo con la horizontalidad del amor fraterno y comprometido, la exigencia de justicia con la no violencia radical, el deber con el perdón, el ideal con la realidad, lo infinito con lo finito. Era la consecuencia lógica de “la encarnación del Verbo” y la única respuesta a la esclavitud del hombre reducido a “cosa” por el materialismo.

Dispuesta a vivir en el centro de la contradicción: molesta y extraña a todos, resistente a todo encasillamiento, porque vivía la Verdad de Dios en la encarnación de la historia concreta.

Permaneció en el umbral de la Iglesia. Una amiga asegura que, agonizante en el hospital, donde moría de tuberculosis, pidió el bautismo. Otros piensan que prefirió mirar la Verdad de su orilla. Pero sin duda creyó y esperó con autenticidad. Éste fue su descubrimiento, según sus propias palabras:

“¿Por qué he de preocuparme? No es asunto mío pensar en mí. Asunto mío es pensar en Dios. Es cosa de Dios pensar en mí”.

Conversión desde el judaísmo: Edith Stein

(23-12-2012)

Bien está que, vísperas de la Navidad, cuando ya nos sentimos tan cerca de María, la Madre de Jesús, nos dejemos acompañar por el testimonio de otra gran mujer, hermana suya de raza y de fe, como es Edith Stein (1891-1942). En comunión con la Virgen vemos dos testigos semejantes: Simone Weil y Edith Stein.

Ambas, además de ser coetáneas, y por tanto mujeres modernas a quienes tocó vivir en un mundo convulso, compartían muchos rasgos personales: eran cultas e inteligentes, apasionadas, sinceras, auténticas y libres, profundamente sensibles al sufrimiento humano y comprometidas, de hecho, en acciones a favor de la condición femenina y de los más pobres. Pero, sobre todo, les caracterizaba aquello que constituye una de las cualidades indispensables para la fe, es decir, ser ardientes buscadoras de la Verdad.

Edith Stein nace en Breslau, Alemania, el día en que su familia celebraba la fiesta hebrea del Jom Kippur. Aunque recibió de su madre un gran testimonio de sincera piedad, dejó de creer y rezar “libremente y con plena conciencia”, según sus propias palabras: cuando su madre, ante el éxito en sus estudios le invita a no olvidar a Dios, que le dio tales facultades, ella responderá que el mérito era de su trabajo... Esta especie de “orgullo”, acompañado de la seguridad en sí misma y la firme convicción de que haría únicamente lo que viera claro y deseara, fue el motivo de su ateísmo y de su fe.

En efecto, su trayectoria hasta la conversión a la fe cristiana fue rectilínea, determinada por una única voluntad, hallar la Verdad y vivir según ella. Pero era la Verdad, quien la buscaba a ella. Fue tomando decisiones, siempre valientes y arriesgadas: volver a los estudios, después de haberlos abandonado en un acto de rebeldía

adolescente; elegir la filosofía e integrarse en el círculo del Maestro E. Husserl; ofrecerse voluntaria enfermera en el campo de batalla; militar a favor de la causa de la mujer; dedicarse al estudio y la educación... Mientras tanto, la Verdad se le iba insinuando a través de experiencias profundas. Halla una oración entre los objetos personales de un soldado muerto en el frente; el profesor y amigo más admirado, Reinach, muere en la guerra y su mujer, Anne, convertida al cristianismo como él, le transmite un testimonio sorprendente de paz; sentimientos de impotencia e indignación ante la imposibilidad de cambiar las cosas por la vía intelectual o política; crisis de soledad y desengaño en el terreno afectivo... y, sobre todo, el hallazgo y la lectura apasionada del libro de *La Vida*, de Sta. Teresa de Jesús, que concluye con la afirmación rotunda: “Esto es la Verdad”... Abrazada la fe, tras un tiempo de gran actividad, entra en el Carmelo, desde el que defiende al Pueblo Judío y formula su gran descubrimiento: “la ciencia de la Cruz”.

Su tesis doctoral versaba sobre *El problema de la empatía*. Y su programa de vida llegó a ser vivir hasta el fondo la comunión con el sufrimiento del Pueblo Judío y con toda la humanidad través de la Cruz Redentora de Cristo. Teresa Benedicta de la Cruz murió mártir en la cámara de gas en Auschwitz:

“El amor es un objetivo en sí mismo, porque Dios es amor... Solo se puede adquirir la ciencia de la Cruz cuando se siente en lo profundo; y me dije: Ave Cruz, esperanza única”.

Imposible no reconocer el camino del judío Pablo de Tarso, maestro de la gracia.

Testigos de la conversión: Paul Claudel

(30-12-2012)

La Navidad de 1886 fue el acontecimiento más significativo en la vida del gran poeta, dramaturgo, ensayista y diplomático Paul Claudel (1868-1955). He aquí el testimonio vivo de que el Dios de Jesucristo se nos aproxima por el camino de su belleza. Y a servicio de esta belleza estaba, para él, la liturgia en la Catedral de *Notre Dame*.

Nació en Tardenois, de una familia burguesa no creyente de hecho, que guardaba las formas, pero totalmente secularizada. Su adolescencia y primera juventud estuvo dominada por una sensación de ahogo ante la visión racionalista y nihilista de la vida, que había recibido en su educación: “¿eso es todo lo que cabe esperar?”, se preguntaba. La mirada poética de A. Rimbaud le permitió respirar otros aires: hay algo más que nos permite gozar de la belleza. Aturdido por la angustia y el vacío fue a *Notre Dame* buscando únicamente un goce estético... Así escribió a su amigo Gabriel Frizeau:

«Los niños del coro vestidos de blanco y los alumnos del pequeño seminario de Saint-Nicholas-du-Cardonet que les acompañaban, estaban cantando lo que después supe que era el *Magnificat*. Yo estaba de pie entre la muchedumbre, cerca del segundo pilar a la entrada del coro, a la derecha del lado de la sacristía.

Entonces fue cuando se produjo el acontecimiento que ha dominado toda mi vida. En un instante mi corazón fue tocado y creí. Creí, con tal fuerza de adhesión, con tal agitación de todo mi ser, con una convicción tan fuerte, con tal certidumbre que no dejaba lugar a ninguna clase de duda... De repente tuve el sentimiento desgarrador de la inocencia, de la eterna infancia de Dios, de una verdadera revelación inefable. Al intentar

reconstruir los minutos que siguieron a este instante extraordinario, encuentro los siguientes elementos, como única arma, de la que la divina Providencia se servía para alcanzar y abrir finalmente el corazón de un pobre niño desesperado: “¡Qué feliz es la gente que cree! ¿Si fuera verdad? ¡Es verdad! ¡Dios existe, está ahí! ¡Es alguien, es un ser tan personal como yo! ¡Me ama! ¡Me llama!”. Las lágrimas y los sollozos acudieron a mí y el canto tan tierno del *Adeste* aumentaba mi emoción».

La fe, un momento que determina un antes y un después. Pero el asunto no era tan sencillo. Su mentalidad seguía intacta, como su aversión visceral hacia la Iglesia. Y su respeto humano ante la posibilidad de admitir algo de verdad en la Iglesia tan ridiculizada a sus ojos por su familia y amigos... Se desencadenó una terrible lucha en su interior, que duró cuatro años: una mano de Dios que le retenía cada vez más firmemente y una fuerte resistencia a abandonar lo que siempre defendió como única verdad. Pero el misterio se le aproximó con una claridad mayor: la Sagrada Escritura, La *Imitación de Cristo*, los escritos de Pascal, Bossuet, Dante... Y un gran descubrimiento: ¡Dios amaba la poesía y el arte! Un sacerdote de la parroquia de Saint Médard le entendió y en la Navidad de 1890 recibió su “segunda Primera Comunión” en *Notre Dame*.

Compaginándolo con su trabajo de diplomático por todo el mundo, dedicó su pensamiento y su capacidad literaria a mostrar la belleza de un mundo transfigurado por Dios hecho carne en Jesucristo. Ayudó a muchos a encontrar la fe, como Francis Jammes; y Jaques Rivière, que reconoció que Paul Claudel “era el alma más grande que había existido”; y Henri Alain-Fournier, que dijo de él: “es el grito del alma que ha alcanzado a Dios”.

Testigos de la conversión: Charles de Foucauld

(6-1-2013)

En el marco del Año de la Fe hablamos de “la fe católica”. Con esta expresión, generalmente se entiende la fe que profesan los cristianos de la Iglesia católica, distinguiéndola de la fe de otras confesiones cristianas. Pero en realidad toda fe cristiana es católica por necesidad, porque “católica” significa “universal”. La solemnidad de la Epifanía celebra precisamente el acontecimiento de la manifestación universal del misterio de nuestra fe. Aunque Jesús nació y vivió en una cultura y un tiempo preciso de la historia, su Verdad, siendo la misma siempre, se manifiesta para ser creída y vivida por todos los pueblos de la tierra.

Es momento oportuno para dejarnos iluminar por el testimonio de un convertido singular, Carlos de Foucauld (el Hermano Carlos de Jesús) (1858-1916), verdadero paradigma de la catolicidad de la fe y del amor cristiano: uno de sus gritos proféticos fue que la vida de Jesús en Nazaret se podía y se debía vivir como tuareg del desierto y como cualquier ciudadano del mundo. ¿Cuál fue su descubrimiento?

Nace en una familia acomodada y creyente, pero queda huérfano a los seis años. Crece con su hermana María, bajo la tutela de su abuelo, orientándose hacia la carrera militar. Recibió la Primera Comunión y la Confirmación, pero a los quince años pierde la fe y, tras la muerte de su abuelo se ve absolutamente libre y con posibilidades económicas. Se entregó a todo tipo de experiencias placenteras, egoístas y orgullosas, hasta ser expulsado del Ejército. Pidió, sin embargo, ser readmitido para ir a la guerra de Orán, en Argel, como gesto de camaradería y nobleza. Acabada la guerra, abandona las armas y se entrega al conocimiento del mundo y la cultura norteafricana. El hecho decisivo fue que el testimonio de fe de los musulmanes despertó en él un profundo cuestionamiento

sobre Dios: “Estamos hechos para algo más que esta vida... Dios mío, si existes, haz que te conozca”. Vuelto a París, el misterio de Cristo se le aproxima por los testimonios de su tía, su prima María de Bondy y el sacerdote P. Huvelin. El conocimiento más profundo de Jesucristo y la experiencia del perdón en la Confesión significaron para él descubrimiento de una alegría y una libertad insospechadas. Desde entonces no querrá, sino reproducir la vida de Jesús. Se va a Nazaret, a vivir en oración, pobreza total y en servicio humilde. Es ordenado sacerdote, según él “para imitar más perfectamente a Jesús”. Vuelve al desierto, a Beni-Abbès y Tamanrasset, entre Argel y Marruecos: allí, en la adoración eucarística y el servicio, llegará a ser “el hermano universal”, Jesucristo vivo, oculto y sencillo, entre los tuaregs. Y allí mismo, asesinado por un asaltante, encontró la muerte, tan violenta como pacífica, tan anónima y olvidada como testimonial, tan injusta como sacrificial. Era la historia de un fracaso. Había escrito:

“Si el grano de trigo que cae en tierra no muere, queda solo; si muere da mucho fruto... Yo no he muerto, por eso estoy solo”.

Hoy miles de seguidores pueblan el mundo y la luz de Jesucristo en él reflejada sigue iluminando la Iglesia. Había hallado el amor de Dios en Jesucristo. Un amor católico por ser gratuito, vivido en la pobreza y en la contemplación, compartido en la presencia y en el servicio concreto.

Convertidos desde el Islam

(13-1-2013)

Recordamos la importancia que tuvo el testimonio de fe de algunos musulmanes en la conversión a Cristo que vivió Carlos de Foucauld. El Islam fue para él una mediación providencial para redescubrir a Dios y, una vez recuperada la fe en Cristo, se entregó apasionadamente a amar y ayudar a sus hermanos musulmanes.

No salimos del espacio geográfico y cultural del norte de África. De allí nos llegan no pocos testimonios de conversión a la fe de Cristo. Nos conviene su recuerdo, porque estamos aún respirando aire de las últimas celebraciones, en las que hemos contemplado al Dios hecho hombre, una de las verdades más difíciles de aceptar para un musulmán.

Los caminos por los que el Dios de Jesucristo llega a nosotros realmente son insospechados. Antonio tendrá hoy unos cuarenta y siete años. Eligió este nombre cuando se convirtió al cristianismo, en recuerdo del gran San Antonio Abad, el africano, que vivió en Egipto hace diecisiete siglos. Antonio, argelino de nacimiento, se educó en el seno de una familia profundamente musulmana. Su juventud está marcada por dos factores. Uno, externo, inquietante y trágico: la violencia y la guerra entre el Frente Islámico de Salvación y el Grupo Islámico Argelino por un lado, fundamentalistas radicales, que pretenden imponer una islamización de toda la sociedad, y el Frente de Liberación Nacional, en el poder, por otro. Este enfrentamiento provocó en Argelia un auténtico infierno entre 1991-1995, conocido entre nosotros por el asesinato de siete italianos, siete monjes trapenses franceses en Tibherine y dos religiosas españolas. El otro factor, interno, es la honradez intelectual, unida a la capacidad para preguntarse valientemente sobre lo que ve. “¿Cómo es posible perpetrar semejantes atrocidades en nombre de Dios?”. Sumido en la

perplejidad, pedía a Alá que no le abandonara en sus dudas.

Gran aficionado a las lenguas, se había propuesto aprender italiano. Para practicarlo logró sintonizar una emisora italiana, que emitía desde Erba. Un día, a las ocho de la tarde, escuchó el rezo del rosario: “Ave María, el Señor está contigo...” La oración le impactó profundamente. Él mismo quedó repitiendo esta frase, como si fuera lo que siempre había anhelado escuchar: la cercanía de Dios presente en la historia y adherido a la humanidad. Había aprendido en el Islam que Jesús fue un gran profeta y que María, su madre, merecía la veneración de todos. Ahora descubre que Jesucristo es Dios “empapado” de humanidad. Será el punto de partida de todo un proceso de búsqueda y profundización ayudado por un sacerdote francés. A pesar del riesgo que ello suponía, llega a pedirle el bautismo, pero antes debía pasar un tiempo de catecumenado. Lo realizará en Italia gracias a los amigos conseguidos a través de la emisora. Entre ellos llega a “sentirse integrado en esa Iglesia concreta, como en casa”: Jesucristo se le aproximaba presente en su Iglesia. De regreso a Argelia ha de afrontar problemas y obstáculos, sobre todo en su familia. Conseguido un permiso y un trabajo en Italia, fue bautizado en junio del 2001. Como dirá él mismo:

“Después de tanto tiempo pasado implorando a un Dios invisible y sin rostro, después de haberlo buscado con tanta insistencia, Él había venido a mí”.

Inmerso ya en la sociedad y cultura occidentales, gracias precisamente a su sensibilidad educada en el Islam, no deja de mantener una posición crítica con esta cultura secularizada que, reivindicando los derechos humanos, ha llegado a degradar la persona sometida a los mitos del consumo y del placer y “ha relegado la religión a la condición de un mero adorno social”.

Convertidos desde el Islam (II)

(20-1-2013)

El testimonio de una conversión queda reforzado cuando la búsqueda no es solo individual, sino que se realiza “en pareja”. Entonces, todo es búsqueda sostenida y alimentada por el amor. Éste, en efecto, vivido dentro de las condiciones de este mundo, además de gozo por la presencia de la persona amada, es también anhelo provocado por una ausencia. El amor auténtico nunca está saciado: constantemente busca... al otro y al mismo Amor, con mayúsculas. Por eso solemos decir que el matrimonio no solo consiste en mirarse uno al otro, sino en mirar los dos hacia la misma dirección.

Así ocurrió con el matrimonio formado por Mónica y Agustín, argelinos, convertidos del Islam al Cristianismo, tras una búsqueda vivida en el seno del propio amor. Sus nombres, como ocurrió con otros convertidos del norte de África, fueron adoptados por ellos en recuerdo de cristianos ilustres en aquella zona geográfica anteriores a la dominación islámica. Ambos habían sido educados en el Islam. Se conocieron en un concierto de música y su encuentro despertó la sensación de una profunda sintonía: además de compartir gustos musicales, ambos sentían una misma aspiración, buscaban libertad. Sobre todo ella nunca había estado satisfecha con “fórmulas prefabricadas”. A finales de los años ochenta vive Argelia una trágica ola de violencia ocasionada por los fundamentalistas, que acentúa su necesidad de algo nuevo capaz de colmar sus aspiraciones.

En un principio ese “algo” no tenía rostro. Se casaron y, a través de una amistad casual con unos italianos piamonteses, a quienes Agustín había ayudado en el desierto cuando estaban perdidos, tuvieron la oportunidad de emigrar a Italia ya con dos hijas. El contacto con la comunidad cristiana y su progresiva integración

despertó en ellos la fascinación por Jesucristo, en tanto que significaba “un Dios al alcance del hombre”. Problemas burocráticos les obligan a regresar a Argelia. Se acumulan las dificultades y los sufrimientos. Consiguen pasar a Túnez y él trabaja como chófer de un sacerdote misionero emiliano, que le facilitó los contactos con los cristianos y la participación en las reuniones semiclandestinas. Fueron bautizados secretamente en 1999.

Habiendo cambiado la situación política de Argelia, pueden volver a Kabilia, su ciudad natal. Su casa se convierte en lugar de acogida de la comunidad cristiana para sus reuniones y para celebrar la Eucaristía una vez al mes, siempre bajo la amenaza de posibles denuncias.

En el 2001 pudieron volver a Italia, donde ella trabaja como obrera en una empresa mecánica, él como albañil y sus hijas como dependientas en un supermercado. Mónica está comprometida en trabajos de voluntariado.

Frecuentemente la libertad de los hijos de Dios se vive en contextos de esclavitud. Pero no deja de ser libertad real, fuente de alegría verdadera.

En todo caso, Mónica y Agustín alimentan desde la fe cristiana un bonito sueño: poder volver un día a Kabilia en paz, para comunicar a sus hermanos su experiencia y hacer ver “cómo podría cambiar Argelia si el viento de la libertad pudiera soplar en aquellas tierras”. Ellos saben bien que la fe no anula sus raíces culturales e identitarias, sino que las integra y les da un nuevo brillo

Convertidos desde el Islam (III)

(27-1-2013)

Muy frecuentemente el camino hacia la fe cristiana pasa por

sufrimientos, que actúan a manera de intensificación del lado oscuro de la vida humana. Así, las historias de conversiones procedentes del Islam nacidas a raíz de experiencias traumáticas provocadas por la violencia fundamentalista. Pero otras veces el camino de la fe, aunque nunca faltan momentos de duda y de preguntas acuciantes, es un proceso de luz progresiva, sin tragedias mayores ni sobresaltos.

Fátima era una musulmana que había heredado una fe profunda y sincera. Fue educada en el Islam con criterios claramente equilibrados y sensatos, dando posibilidad a una integración social y cultural fácil en Francia, donde su familia había emigrado. Cursó la enseñanza obligatoria en un liceo estatal, donde por un cauce u otro tuvo conocimiento de la figura de Jesús. Algo sabía de Él, pues el Corán lo considera como un profeta. Pero de hecho las noticias que le llegaban, sobre todo a través de la lectura directa de los Evangelios, iban más allá de lo que significaba un mero profeta, como tantos otros que había habido en la historia de Israel. Le impactaban su sabiduría, su doctrina, su fuerza compasiva y su poder para hacer milagros en favor de la humanidad sufriente. Pero lo que le parecía desconcertante y hasta inaceptable era su propio sufrimiento, es decir, la Cruz. ¿Cómo es posible que quien se tiene por el Hijo de Dios acabe en tal fracaso? ¿Por qué razón puede el Padre Dios permitir que su hijo sufra de tal manera?

Pasan los años y no deja de inquietarse por “el gran personaje” que ve en Jesús. Un hecho importante interviene en su búsqueda: se enamora de un joven italiano, que es católico, aunque vive su fe de una manera más bien formalista, practicando, pero sin demasiada profundidad, es decir como fe heredada i mínimamente personalizada. Se casan civilmente y por razones profesionales se trasladan a vivir a Italia. Ella hace partícipe a su marido de sus inquietudes e interrogantes, pero él no es capaz de responderle. Deciden hacer una experiencia original: ella estudiaría el Nuevo

Testamento y él el Corán. El resultado fue que a él le sirvió para avanzar en la fe y a ella para ver más claro el secreto de Jesucristo. Algo realmente singular debió pasar en su subconsciente, cuando tuvo tres sueños sucesivos con un mismo “argumento”: escenas de la vida normal, como cruzar un río o tocar unos animales, se transformaban en situaciones de sufrimiento, ansiedad y peligro, mientras se oía una voz que le invitaba a tomar con sus manos aquello que le provocaba terror; haciendo un esfuerzo obedecía, desaparecían los temores y sobrevenía la paz.

Aquello significó el preámbulo para el descubrimiento del sentido del sufrimiento de Cristo como sacrificio de amor por la humanidad. Todo se vio más claro con la preparación catecumenal que precedió al bautismo. Éste significó la muerte y resurrección del amor, que, como amor esponsal en el Espíritu, vino a ser bendecido en el sacramento del matrimonio, que celebraron posteriormente.

Una fe encontrada y una fe renovada. En todo caso, la Cruz de Jesús, lejos de ser escándalo, llegó a constituir la prueba del amor más perfecto.

Convertidos a la ortodoxia: Tatiana Góricheva

(3-2-2013)

Es muy ilustrativo observar que muchos convertidos acceden a la fe cristiana encontrando en ella una verdadera y profunda liberación. Suelen ser personas que han sufrido las consecuencias de férreas dictaduras. Lo hemos visto en convertidos venidos de ambientes fundamentalistas o de radicalismos ideológicos. En este sentido contamos con un nutrido grupo de convertidos a la fe cristiana provenientes del “ateísmo institucionalizado” del régimen comunista en la Unión Soviética.

Quizá uno de los ejemplos paradigmáticos de esta experiencia sea Tatiana Góricheva. Nacida en 1947 en Leningrado, y aunque había sido bautizada subrepticamente por una de sus abuelas, fue educada en la más estricta cultura atea o agnóstica, por la familia como por el sistema educativo comunista impuesto por el gobierno. Su gran inteligencia le permitió no sólo estudiar filosofía i radiotecnica, sino también convertirse en profesora y educadora al servicio de la ideología dominante. Sin embargo, siendo todavía muy joven, a los veinticuatro años, tuvo la suficiente clarividencia como para darse cuenta de las contradicciones de lo que vivía: no podía evitar la sensación de ahogo y de vacío que le obligaban a vivir. En un principio se refugió en la filosofía existencialista y en el pensamiento de Nietzsche, como una recuperación de libertad y voluntad de poder. Se convirtió en una especie de “aristócrata del espíritu”, aunque, como ella misma dice, “odiando todo y amando la soledad”. El profesor Boris M. Paramonov le reconvino: “¿Porqué intenta usted destruirlo todo? Vea que vivimos en un mundo en que el nihilismo ya ha triunfado...”. Buscó experiencias liberadoras, como la práctica del yoga. Pero ella confesará que el yoga era sensación y puro “energismo” y que no lograba liberarle de sí misma. Entró entonces

en un proceso de “melancolía indecible”.

Una vez más, Jesucristo utilizará caminos insospechados. Practicando el yoga le proponen como “mantra” para una meditación mecánica el Padrenuestro. Y en el mismo ejercicio, siente que eso que repetía como fórmula vacía era verdad, que el Dios a quien se dirigían aquellas palabras era principio de la vida, amante y providente, que buscó por amor al hombre para devolverle su verdadero rostro. Un efecto sorprendente: “empecé a querer a las personas”, a amar el mundo y la humanidad sufriente... así empezó mi vida”.

Lo que siguió a esta experiencia fue un camino de aventura y compromiso espiritual. Halló a otros muchos intelectuales que habían seguido el mismo camino. Contactaron con un sencillo y valiente pope, el P. Hermógenes, con quien ella y sus compañeros se confesaron. Fue el inicio de un proceso de encuentro con ella misma y con los otros en el amor sanador.

El resultado significó una vida de extraordinaria creatividad y compromiso. “Las piedras empezaron a hablar... Vi que sólo vale la pena vivir por aquellas cosas por las que querría y podría morir”. Participó en el grupo de intelectuales “buscadores” de luz en la clandestinidad junto al P. Leonid, se dedicó a luchar por la causa de la mujer en la Unión Soviética (*Hijas de Job*), a dar conferencias y publicar títulos tan sugestivos como *Hablar de Dios resulta peligroso*, *La fuerza de los débiles*, *Nadiezna significa esperanza*, *Testigos rusos de la fe en nuestro tiempo*, *La incansable búsqueda de la felicidad*, *Diario de viaje*, todos ellos traducidos al castellano. Tuvo que sufrir el exilio en París junto a tantos otros, hasta la caída del muro de Berlín. Desde allí no ha dejado de lanzar su voz profética también sobre el mundo occidental, que considera adormecido en el materialismo.

Convertidos a la ortodoxia: Sascha P., Galina G., Slawa

D.

(10-2-2013)

Como siempre ocurre “lo semejante llama a lo semejante”. Esto sirve para lo bueno y para lo malo. La experiencia de conversión que vivió Tatiana Góricheva creó en torno suyo un círculo de intelectuales buscadores de la verdad, que más o menos compartían su misma inquietud y aspiraban a compartir también sus mismos logros. El resultado fue la creación de una especie de “seminario” permanente de diálogo e investigación sobre la búsqueda personal de la fe y de la experiencia religiosa cristiana. Naturalmente, practicado en la clandestinidad. Ella misma confiesa haber sido detenida más de una vez, presionada y amenazada por esa causa. Al ser un grupo abierto y de diálogo libre, en él se podía detectar la presencia de espías de la KGB, que informaban puntualmente a la autoridad de todo lo que allí se hablaba.

Ella misma nos refiere algunas breves historias de conversión. Sascha P. reunía dos cualidades raras en una misma persona: un gran matemático y un poeta reconocido. A los veinte años lee y se entusiasma con Nietzsche y Freud. Pero tres años después empieza una caída en el deterioro personal: bebida, abandono y desinterés. “No sólo yo, dirá Tatiana, sino muchos de entre nosotros recordamos sus largas horas en el velador de un café en silencio y con la mirada fija en el vacío”. Cristo se le aproximó en un marco tantas veces extraño a la fe, sobre todo en una sociedad culturalmente marxista: en una institución psiquiátrica. Allí conoció a cristianos. Lo que descubrió en ellos fue la fuerza del misterio cristiano para recuperar al hombre. No tardó en pedir el bautismo. Se zambulló apasionadamente en las cartas de San Pablo y se dedicó a reunir a grupos de jóvenes con quienes las leía y las comentaba.

Galina G., acabados los cursos de la formación escolar “llegó a persuadirse de que las personas realmente libres y creativas vivían fuera de las estructuras y de los roles sociales”. La búsqueda de esta libertad le llevó a optar por una vida bohemia. Eligió todo “lo alternativo”, buscando la sensación de libertad absoluta, sea en el amor, en el pensamiento, en la actuación. Una existencia caótica, que acabó en un intento de suicidio. Como Tatiana, la práctica del yoga significó un primer paso de superación: abandono de la bebida, alimentación vegetariana, autocontrol... y “contemplación orgullosa del ‘sucio’ mundo que le rodeaba”. Siguiendo una recomendación del yoga, entró en un templo cristiano “para sentir las energías divinas”. La oportunidad de incorporarse a un coro femenino de la Iglesia y la recitación de las oraciones más profundas, sirvió para que descubriera que el hinduismo y el yoga son “como un jardín de infancia” (podríamos decir nosotros “como un invernadero”): la fe cristiana, que incorpora la Cruz como vía de plenitud de amor, es cercana y realista, camino de libertad y felicidad concreta.

Slawa D. era un sociólogo de prestigio internacional. Pero, como ocurre tantas veces, cuando alguien está inmerso en compromisos impuestos y sometido a la esclavitud de “lo políticamente correcto”, llevaba una doble vida. Una cosa era lo que decía en público, aunque fuera en nombre de la ciencia, y otra lo que de noche, en la clandestinidad y entre amigos, confesaba. En un momento dado comprendió que aquello no funcionaba. La invasión de Checoslovaquia, ocasionó que pusiera el carnet del partido sobre la mesa. Perdió trabajo y amigos, mientras acumulaba odio a todo y a todos. Fue su esposa, mujer callada y tímida, quien le abrió los ojos a la fe. Un día le confesó a Tatiana: “Veo lo hermoso que es el rostro de la persona humana cuando reza”.

Quienes conscientemente estamos del lado de acá de la fe, no sabemos cuáles son los caminos que sigue Cristo para llegar a las

personas. Casi siempre nos equivocamos.

Convertidos a la ortodoxia: Olivier Clement

(17-2-2013)

Muchos de los grandes convertidos al cristianismo de la ortodoxia procedían del ahogo y el sufrimiento provocado por el régimen comunista en la Unión Soviética. Pero no faltó quien hizo el camino hacia la fe ortodoxa desde una situación familiar y cultural típicamente europea y occidental. Su testimonio nos interesa de una manera especial precisamente por su cercanía a lo que podemos vivir nosotros.

El historiador, teólogo, escritor, Olivier Clément es muy conocido, sobre todo en Francia por sus publicaciones (más de treinta) y sus colaboraciones en la prensa. Nacido en 1921, en Aniane (Languedoc francés), fue educado en el más estricto agnosticismo. Nunca oyó hablar de Dios, “a excepción de algún comentario irónico seguido de risas contenidas”. Conocemos su camino hacia la fe por su autobiografía de conversión *El otro sol*. Su padre, socialista convencido, con palabras del mismo O. Clément, “era un parroquiano sin parroquia, un contemplativo al que nadie había hablado del Dios vivo... le gustaba, en efecto, leer el libro del Apocalipsis, porque «era tan bella la visión de la Jerusalén Celeste»...”. Dos sentimientos “naturales”, muy importantes, determinarán la búsqueda de la fe en Olivier. Por un lado, su capacidad para el asombro y el disfrute de la belleza del mundo, de la naturaleza y las personas; por otro, la sensibilidad ante el hecho de que todo haya de acabar con la muerte. Ambos movimientos venían a significar la frustración irremediable de la pasión por vivir (la felicidad). Estudió historia y un día se despertó

angustiado con solo pensar que todos los personajes conocidos “yacían hoy en la nada”. Y con veinte años inició un camino de búsqueda apasionada. Profundizó en la historia de las religiones. El protestantismo no le satisfizo por su “sequedad”.

Atraído por su belleza, compró, con una considerable cantidad de dinero, un icono de Cristo y Juan Bautista en una tienda de antigüedades de París. Lo colgó en una pared de su cuarto. En un momento dado frente al icono se sintió mirado. Así lo describe:

“Todo era silencio, palabras de silencio... en una profundidad en la que ya no estaba yo solo. Me dijo que yo existía, que él quería que yo existiera y, por tanto, que no era ya nada. Me dijo que yo no era todo, pero sí responsable. Me dijo que yo necesitaba ser perdonado, curado, creado de nuevo.... «He aquí que estoy a la puerta llamando». Y abrí”.

Por el icono entró en la Iglesia Ortodoxa. Profundizó su relación con Lossky y con otros miembros de esta Iglesia en Francia, exiliada de la Unión Soviética, como el padre Sofronio, que fue para él un verdadero padre espiritual. Tras un proceso de preparación, recibió el bautismo el 1 de noviembre del año 1952, cuando contaba 30 años. Gran estudioso de la teología y la Iglesia Ortodoxa, llegó a ser profesor del Instituto de Teología San Sergio en París. Paradigma del diálogo cristiano – ortodoxo, invitado al Concilio Vaticano II, amigo del Papa Juan Pablo II, defendió con él la Europa que respira con dos pulmones, Oriente y Occidente. El Papa le encargó la redacción del Via Crucis del Viernes Santo en el Coliseo de Roma el año 1998. Dirá:

“He quedado fascinado por un Dios infinitamente cercano, más íntimo a nosotros que nosotros mismos, de tal manera que, por más profunda que sea nuestra desesperación, él se pone entre nosotros y la nada”.

Fue uno de los fundadores de la Fraternidad Ortodoxa de Europa Occidental, un auténtico foco de esperanza para tantos

exiliados (espiritualmente y materialmente), entre los que destaca la impresionante figura de María Stobtsov, madre espiritual víctima del holocausto nazi. Clarividente respecto de los problemas actuales de la fe y de la Iglesia en nuestro mundo, constituye un testimonio claro de que la fe en Cristo siempre es fecunda: por ella algo de la belleza de la Jerusalén Celeste empieza a despuntar.

Fe-conversión: Giovanni Papini

(24-2-2013)

Uno se pregunta si es apropiado traer aquí, a la galería de testigos conversos a la fe católica, el testimonio de un personaje tan singular como Giovanni Papini. La duda se resuelve en un “sí” a condición de fijarnos solamente en lo esencial de su proceso, por lo demás tan sorprendente, paradójico y admirable.

Nació en Florencia (1881). Fue bautizado “clandestinamente”, a escondidas de su padre, ateo convencido. Papini contará cómo, de acuerdo con las órdenes familiares, en el colegio, cuando tocaba la asignatura de religión, él salía de la clase. Un compañero judío hacía lo mismo. Éste un día le preguntó: ¿qué es tu padre, un hereje protestante excomulgado? No, es ateo, respondió Giovanni. Y ¿qué quiere decir “ateo”? Un hombre que no cree en nada. Me miró, volvió la espalda, nunca más me hizo preguntas. Un día me pudo la curiosidad, me aproximé lentamente a la puerta cerrada de la clase. La voz del profesor recitaba los diez mandamientos: ‘honrarás a tu padre y a tu madre’. Y durante todo el día, estupefacto, pensé: ‘¿Por qué mi padre me prohíbe aprender a honrarle?’. El caso es que Papini se convirtió en un auténtico devorador de libros y con su gran inteligencia y su memoria adquirió, él solo, una cultura extraordinaria. Con su habilidad para la escritura se entregó apasionadamente a la denuncia más radical de todo lo establecido y “políticamente correcto”, a través de revistas fundadas por él, obras y ensayos. Era un rebelde. Adoptó posturas siempre radicales, próximas, tanto al anarquismo como al fascismo. Le agradaba sorprender y escandalizar. En el ámbito de la religión se confesaba siempre agnóstico militante y anticlerical (*Memorias de Dios*).

Pero su inconformismo radical se debía a su insaciable sed de infinito y su negativa a conformarse con medias tintas. No soportaba

el materialismo y reivindicaba el poder del espíritu humano, que aspira a ser dios: todo un programa de renacimiento de la cultura y sociedad. Era un apasionado buscador de la verdad, nostálgico de Dios, espíritu intransigente y amante de la belleza. Sincero y consecuente con sus ideas, nunca se resignó a permanecer quieto; así, vivió situaciones de fracaso, sufrientes y trágicas, que plasmó en su obra *El hombre acabado*, un título que podría traducirse por “el hombre en el límite de sus posibilidades humanas”.

La Verdad y la Belleza de Cristo, ese infinito que buscaba, se le acercó por caminos realmente sencillos: los de la amistad y el amor. Los campesinos de Bulciano le devolvieron el significado de la palabra “prójimo”: “Únicamente al lado de estos hombres del pueblo mínimo y pobre he vuelto a tener conciencia de mi naturaleza y de mi destino de hombre”. Una excursión a la montaña con su amigo Cefiso, la visita a La Verna y San Francisco, “el santo para nosotros”. Una procesión de Semana Santa (“la Pasión se me convertía en carne, sangre y dolor”)... Una señora del pueblo que le pide que bautice a su hija que está en peligro de muerte... Se enamora y se casa con la hija del campesino Giovanoli, quien le pedía leer de noche poemas y los evangelios, a cuyas veladas acudían otros... La amistad con el cristiano culto y admirado Domenico Giuliotti, (“Dios me ha dicho que no eres de los que pueden detenerse a mitad de camino”). La muerte del joven amigo Midio, con quien conversa en el día de Pascua:

“Midio, Jesús ha resucitado hoy, debemos estar todos contentos. Me miró fijamente, pero con una sonrisa más dulce, diciéndome ‘Jesús ha resucitado. También nosotros resucitaremos, ¿verdad?’ Me había llamado por primera vez por mi nombre, como amigo de igual a igual: ‘¡Oh, Giovanni!’. Desde ese día, mi corazón fue menos malo...”

Se convirtió en 1919 y en 1921 escribió *La historia de Cristo*, un

canto entusiasta a la Verdad y la Belleza de Dios hecho hombre. Escribirá a su amigo Angelini: “Estoy a punto de hacer de mí mismo la teoría del amor. Pero del amor tal como fue ordenado por Jesús”. Se convirtió en un activista de la revolución de Cristo. Murió físicamente decrépito y acabado, pero escribió: “Espero que Dios me conceda la gracia, a pesar de todos mis errores, de llegar al último día con el alma entera”.

Fe-conversión: Thomas Merton (I)

(3-3-2013)

En ocasiones hallamos en determinados testigos de conversión a la fe cristiana tal riqueza, que un tratamiento tan breve y resumido parece casi un ultraje. Tal es el caso de Thomas Merton, periodista, escritor, poeta, teólogo y monje. Bien se le puede considerar un prototipo del hombre moderno buscador de la belleza y la felicidad. Su capacidad para estar atento y responder a los problemas actuales le convierte en un testigo de la fe realmente oportuno.

Thomas James Merton nació en Prades (sur de Francia) en 1915 y murió en Bangkok, en 1968. Importante la herencia familiar: de su madre, que murió tempranamente, recordará su deseo de perfección e independencia, de su padre, pintor, la honradez intelectual, la sinceridad, la sensibilidad hacia lo bello y su carácter bohemio. A causa de las frecuentes ausencias de su padre, Thomas queda pronto bajo la tutela de su abuelo materno Pop Jenkins, para quien católicos y judíos eran todos hipócritas y maleantes y “Vaticano” resultaba ser una palabrota. Durante una breve estancia con su padre en Saint Antonin, un pueblecito del sur de Francia, experimenta el encanto de la arquitectura religiosa medieval y de la amabilidad, bondad y sencillez de una familia campesina profundamente católica, que se desvive para curarle de un ataque de tuberculosis. Se traslada a Inglaterra, donde, tras un período breve de fervor religioso entre anglicanos, pierde totalmente la fe “ayudado” por dos circunstancias: una, el sufrimiento ocasionado por la depresión económica y la guerra (se alineó con el pacifismo de Gandhi) y por la muerte de su padre, que sin embargo llegó a mostrársele profundamente religioso; otra, la disponibilidad de recursos económicos sustanciosos aportados por el abuelo. Es el comienzo de una vida abocada al bienestar y al consumo compulsivo. Así confesará:

“No había sitio para ningún dios en este templo vacío lleno de polvo y basura... que yo iba a guardar frente a todos los intrusos a fin de dedicarlo al culto de mi propio y estúpido querer. Y así me transformé en el perfecto hombre del siglo XX... el siglo del gas venenoso y de las bombas atómicas”.

En su viaje a América se enamora apasionadamente, aprende a desenvolverse con soltura en el mundo (se estrenaba como “adulto”) y se hace comunista. El “Manifiesto comunista” le parece respuesta mesiánica a los males del mundo, aunque ya veía un futuro de guerras “cada vez más grandes y terribles, calculadas para golpear las cabezas apoyadas sobre cuadrados hombros”. Al mismo tiempo – dirá– “creía en el bello mito de disfrutar lo más que pudiera mientras no hiciera mal a otro”.

Se suceden experiencias llenas de significado. En Alemania en un camino rural casi es derribado por un coche cargado de jóvenes nazis, que blandían sus puños, él cae y se hiere un pie. La herida llega a gangrenarse y estuvo convaleciente en el hospital varias semanas: “la muerte me parecía sólo una buena venganza contra la vida”. Recuperado, pudo viajar a Roma, donde recibe una fuerte impresión de los mosaicos bizantinos de algunas iglesias: captó la mirada de Cristo “envuelto en una teología de la luz”. Decidió saber más acerca de él y se compró un Nuevo Testamento, que leyó febrilmente: había en ello una paz que deseaba para sí mismo. En la iglesia de Santa Sabina empezó a rezar, escondido por la vergüenza.

Sin embargo, aquello fue solo una nube de verano. Significó el inicio de un período de dudas y contradicciones. Vuelto a Estados Unidos por una temporada, se empleó como presentador en un espectáculo poco recomendable, al tiempo que husmeaba en algunas iglesias protestantes sin encontrar paz. Iba a convertirse en un claro ejemplo de que la conversión no es un instante deslumbrador, sino un camino de búsqueda que atraviesa a veces rincones del

infierno.errores, de llegar al último día con el alma entera”.

Fe-conversión: Thomas Merton (II)

(10-3-2013)

Los rincones del infierno que llegó a vivir Thomas Merton fueron en parte consignados en su famosa autobiografía espiritual *La montaña de los siete círculos*. Resumiendo su experiencia podemos decir que el año transcurrido en Cambridge como estudiante en el colegio Clare, fue de extravagancias, barbaridades, vacío y horror. Se entregó a la bebida, la pasión desenfrenada y al dispendio sin control.

Rompe con su tutor, Tom Bennet, y regresa a Estados Unidos, teniendo ya veinte años, con una sensación de decadencia culpable, dentro de sí y fuera, a la vista de la depresión social, preámbulo de la gran guerra europea. El comunismo le parecía su nueva religión, que ofrecía, además de la “utopía terrena”, una explicación tranquilizadora de sus propios errores, como producto del sistema capitalista. Se inscribe en la Liga de Jóvenes Comunistas y, como tal, participa en diversas acciones. Pronto sufre una gran decepción al constatar que el pacifismo que el partido propugnaba se convertía en defensa a ultranza de la acción bélica según las circunstancias. En el marco estudiantil de la Universidad de Columbia, se integra en el grupo que se dedica al periodismo “activista”. Allí contacta con amigos católicos, sobre todo con Bob Lax, del que fue colaborador al frente de la revista *The Jester*. Pero, agotado por el trabajo para ganarse la vida y derrotado por la experiencia de sucesivas muertes de amigos, cayó en una fuerte depresión física y psíquica, que incluía el señuelo del suicidio.

Cristo se le aproxima, sobre todo por la vía de los libros. *El espíritu de la Edad Media*, de E. Gilson, una vez vencido el primer

movimiento de aversión, le reveló la seriedad y profundidad de la teología católica; *Ends and Means* de A. Huxley el valor de la ascesis; la poesía de William Blake, la crítica profética, realizada en nombre del verdadero Dios bíblico, contra la civilización y el falseamiento de la fe; la *Imitación de Cristo*, que le recomendó nada menos que un hindú, el valor de la oración, y *Arte y Escolasticismo*, de J. Maritain, la “virtud” como vía de la felicidad.

Eran guiños del amor de Dios, que le predisponían a acercarse a una iglesia. En una ocasión quedó deslumbrado por la figura de una joven, sencilla y bella, que oraba de rodillas en silencio. Frecuentó celebraciones de la Eucaristía, siempre desde la penumbra de un rincón. El paso decisivo se produjo cuando recibió el testimonio de la conversión de G. M. Hopkins, sacerdote y poeta. Leyendo su biografía, experimentó tal agitación interior que tuvo que levantarse y dirigirse con paso decidido, bajo la lluvia, a una parroquia cercana en Broadway. “Entonces –dirá– mi interior empezó a cantar”. Dijo al párroco que quería ser cristiano. Tras la preparación recibió el bautismo. Cuatro amigos fueron testigos, de los cuales tres eran judíos.

Como es sabido, después de ardua búsqueda, acaba ingresando en la orden del Císter, en la abadía de Gethsemaní, de Kentucky. Desde allí, con la mirada de Dios, captaba los grandes problemas de la humanidad, a los que respondía con sus escritos a favor de la paz, el diálogo entre las religiones, la reivindicación del espíritu. Su biógrafo, Jim Forest, recordando sus primeros encuentros con él, dirá que “a veces originaba una alegría que venía directamente del cielo”, al tiempo que destacará, entre sus mensajes, éste lleno de confianza:

“Tenemos lo que buscamos. No hemos de correr tras ello. Estuvo allí desde siempre y, si le damos tiempo, se revelará a nosotros”.

Convertidos en la cárcel: rostros sacerdotales

(17-3-2013)

Traemos aquí, sacados del libro *No es bueno que Dios esté solo*, de G. Altozano, los testimonios de dos convertidos que descubrieron la fe nada menos que en la cárcel. Ambos testimonios tienen en común, además de la circunstancia de producirse en un ambiente presidiario, el hecho de contar con la mediación de sendos sacerdotes. No es extraño, pues otra de sus coincidencias es la necesidad profunda de recibir y ofrecer perdón. Conviene recordarlo al celebrar el día del Seminario, cuando somos más conscientes de la necesidad de sacerdotes, los cuales, sobre todo en el Sacramento de la Reconciliación, representan los brazos del Padre que acogen al Hijo que vuelve a casa.

Raúl Oreste sufrió un verdadero trauma a raíz de la muerte de su mujer: por un lado, le provocó el abandono total de la débil fe que tenía desde niño, por otro, se entregó a todo tipo de excesos, como la droga, para llenar un vacío insufrible. En ese ambiente de desenfreno llega a delinquir y acaba en prisión. Un día, ya dentro de la cárcel protagoniza una dura pelea con un compañero, al que llega a propinar un golpe tan fuerte que le deja inconsciente. Su conciencia reacciona: “yo lloraba de impotencia por haberme portado como un animal”, confesará. Y en el marco de esta vivencia interior, sintió cercana la figura de Jesús, él mismo maltratado, en compañía de enfermos, pecadores, drogadictos, prostitutas, que le decía: “¿Qué estás haciendo de tu vida?” Fue una sacudida que le llevó a profundizar en los Evangelios y dejarse guiar por un sacerdote. Tras cumplir su condena volvió a la cárcel, entonces como voluntario para ayudar a los internos a descubrir “alguien que les enseñe a gestionar la libertad y pedir perdón a las víctimas”. Plasmó su experiencia en su libro *Un parto en la cárcel*.

Shane Paul O'Doherty era un terrorista del IRA que fue condenado a cuatro cadenas perpetuas. Quedó impactado por la lectura de los nombres de las víctimas inocentes que no figuraban en las cartas bomba que él había enviado. Fue internado en la prisión de Wornwood Scrubs, donde estuvo en reclusión aislada más de un año. Allí se entregó a la reflexión sobre los ideales, la utopía y el compromiso de mejora, sobre el bien y el mal, los derechos humanos, las víctimas y la fe religiosa. La gran cuestión, sin embargo, permanecía sin resolver: el perdón, cómo pedirlo, obtenerlo y darlo. Un día preguntó al capellán, el jesuita Anthony Lawn, dónde podía encontrar pruebas de la existencia de Dios y obtuvo una respuesta sencilla: "En los Evangelios, por supuesto". Quedó deslumbrado tras una lectura apasionada y detenida: Jesucristo, su autenticidad, su trato con los pobres y, sobre todo, su doctrina y su experiencia del amor a los enemigos, tal como se refleja en el Sermón de la Montaña. Optó por un profundo arrepentimiento y por el compromiso de corregir como le fuera posible el mal hecho. Así, escribió el libro *No más bombas* donde hacía pública toda su vivencia, ofrecía su testimonio para que ningún joven cometiera sus errores y pecados y propugnaba las vías evangélicas para la solución de conflictos.

Casi siempre la fe se encuentra a impulsos de la necesidad de amor. Pero el amor anhelado adquiere muchas veces el rostro del perdón, que es una de sus caras más puras y transparentes. No es infrecuente que una persona convertida pida participar en el Sacramento de la Reconciliación, quizá porque en este sacramento el amor sobreabunda y vence todo pecado. Y así, a la alegría de creer, se añade la de sentirse libre por ser amado gratuitamente.

Convertidos cercanos

(24-3-2013)

No quisiéramos dar la impresión de que la conversión a la fe cristiana es cosa sólo de grandes personajes, de intelectuales o de “gente especial”, porque sencillamente no es verdad. Tan importantes, o quizá más, son las conversiones de las personas normales, de la calle, que han encontrado a Cristo en lo cotidiano y sencillo de la vida. Son conversiones que no han necesitado grandes templos para hallar la fe, a no ser que consideremos como un gran templo la propia conciencia.

Conocer testimonios cotidianos de conversiones nos permite desmitificar muchas cosas. Así, solemos decir que la gente normal no se formula las grandes preguntas sobre la vida. Pero el taxista Paco Fernández no tenía ningún reparo en afirmar que su historia se resume en haber cambiado el Che Guevara por Cristo. Encontró la fe en un momento que le vino a la mente la idea de que “nacer, vivir, morir, no tenía ningún sentido: “¿para qué todo esto?”. Y comenzó, como quien no hace nada, a preguntar a sus clientes si creían en Dios. Uno se puede imaginar las reacciones que tal osadía provocaba. Entre sus encuestados halló a una joven creyente y practicante. Dirá que para él fue su “ángel de la guarda”. Ella le recomendó que mirara a su alrededor. Una mirada sobre el mundo que nos rodea puede ser decepcionante: “todo es tan pequeño...”. Pero también puede servir para descubrir nuestro anhelo insaciable de más verdad, más belleza y más amor. Es lo que le ocurrió a él. Y al recibir el Dios que se le ofrecía, se encontró consigo mismo. Desde entonces suele conducir las conversaciones en el taxi hacia temas “trascendentes” sin dejar el tono simpático y cercano...

Un político en activo confiesa haber iniciado su conversión a Cristo en un lugar insospechado: en Las Vegas. Allí fue invitado,

durante un viaje oficial a Estados Unidos, a pasar un fin de semana. Le acompaña un gran amigo, que al atardecer del sábado le dice que quiere ir a misa. Sorprendido por este deseo le acompaña a una iglesia, aunque sin entrar en ella. Pasó el tiempo solo, desconcertado, pensando qué significaba aquello... Fue el inicio de una búsqueda “iluminada” por algunos libros: *La historia de un alma*, de Sta. Teresa del Niño Jesús, las *Confesiones* de San Agustín, *El regreso del Hijo Pródigo*, de H. Nowen. Fue un camino de seis años, al cabo de los cuales entendió que debía tomar una decisión radical a favor o al margen de Jesucristo. Venció Jesucristo, a quien desde entonces desea seguir y servir en el compromiso político.

La actriz y presentadora de televisión Pilar Soto cuenta que, tras haber sufrido durante cuatro años una grave bulimia, consecuencia de vivir su profesión obsesivamente preocupada por la imagen, un día al acabar una actuación perdió el conocimiento. Estuvo a las puertas de la muerte y, en aquel trance, le vino a la mente rezar. Ya recuperada contactó con una comunidad franciscana, la primera iglesia abierta que encontró. Fue el primer paso de un camino iluminador desde San Francisco, la integración en un movimiento, la recuperación personal y profesional y un nuevo ritmo de vida en el Espíritu: la libertad de vivir vinculada a la sencillez, la verdad y el amor a Cristo y a los hermanos.

Ningún rincón de la tierra, ningún momento de la historia humana, por muy alejado de Dios que parezca, puede ser extraño a la voz del Espíritu. Las ondas que él emite, desde Cristo, llenan el universo y la historia. Solo buscan receptores que puedan y quieran sintonizar.

Cuando hallan unos oídos y un corazón atentos y sensibles, entonces aparece la chispa de la fe y el resplandor de la conversión.

Fe - conversión - resurrección

(31-3-2013)

La esencia de la fe es la conversión, y el meollo de la conversión es el Misterio Pascual.

Hoy, respirando hondo el aire nuevo de la Pascua, manteniendo despierto el recuerdo de las experiencias vividas en la Cuaresma y la Semana Santa, entendemos mucho mejor la llamada que nos hace el Año de de la fe: creer más profundamente, con más autenticidad, con más vida.

La sucesión de testimonios sobre personas que han hallado la fe, nos ha dejado bien patentes algunas verdades.

- La primera y fundamental, que no se puede llegar a creer de verdad sin convertirse.

- La segunda, que la fe y la conversión es un movimiento vital, de toda la persona, cuerpo, mente y espíritu, hacia la persona de Jesucristo; un movimiento que es, sobre todo interior, pero que también se manifiesta exteriormente en palabras y gestos; que, además, esencialmente, consiste en un dinamismo de amor, de quien sólo se amaba a sí mismo y que comienza a amar a Cristo y a los demás.

- La tercera, que la fe y la conversión, según testimonio de los convertidos, es algo parecido a lo que ocurre en la relación de amor entre las personas, es decir, algo “que les ha ocurrido”, algo sobrevenido, no simplemente construido por uno mismo, y que siempre contiene un elemento sorpresa, aunque haya sido resultado también de una búsqueda personal. Los convertidos tienen la sensación de haber sido conquistados, más que de haber conquistado ellos la fe.

- La cuarta, que la fe y la conversión se experimentan como “un darse cuenta” de algo que siempre ha estado ahí, pero que uno no era capaz de ver o reconocer; lo cual significa que “creer” no es más que un cambio de la mirada; ella, la mirada,

a su vez, se produce por un cambio del corazón, donde en definitiva radican todos los secretos de la fe o de la increencia.

- La quinta, que con la fe y la conversión comienza algo radicalmente nuevo, como si se entrase en un mundo distinto, aunque la persona siga siendo la misma.

Es esta novedad lo que nos hace pensar en la relación que hay entre la fe y la Pascua. Para que se entienda fácilmente, traemos aquí un fragmento de una carta que escribió Edith Stein, ya conocida entre nosotros, a su amigo y confidente, Roman Ingarden, donde explicaba el proceso que seguía hacia la fe:

“No sé si de mis comunicaciones anteriores ha deducido ya que, tras larga reflexión, más y más me he decidido por un cristianismo positivo. Esto me ha liberado de la vida, que me había tirado por tierra, y al mismo tiempo, me ha dado fuerza para retomar otra vez, agradecida, la vida. Por tanto, puedo hablar, en el sentido más profundo, de un “renacimiento.”

La verdad es que el cristianismo, si es verdadero, no puede ser más que positivo. Pero intuimos por qué Edith Stein utilizaba esta expresión. Ella sabía que su amigo y mucha gente atribuyen al cristianismo sólo las renunciaciones que el Evangelio exige, lo que para algunos sirve de excusa de su increencia. Por eso, quería dejar bien claro que se aproximaba a la fe como quien busca un auténtico “renacimiento, un volver a nacer”, como dirá Jesús a Nicodemo (cf. *Jn* 3,3).

Los cristianos no ocultamos las renunciaciones y el desprendimiento que acompañan a la fe y la conversión, antes bien las afirmamos. Pero no son lo más “nuestro”, ni lo principal. Sólo proclamamos la verdad del Misterio Pascual: que la renovación pide dejar lo viejo, que la resurrección pide haber muerto, que la vida es de quien la da.

Frutos de Pascua: Dorothy Day

(7-4-2013)

La coincidencia de la Pascua con la primavera llevó a la tradición a ponerle el adjetivo de “florida”. Y ciertamente, en su significado profundo, la Pascua es un verdadero florecimiento de la humanidad, realizado de la mano de Jesús resucitado: en Él la humanidad vuelve a nacer, como la naturaleza despierta del letargo invernal. La fe y la conversión corresponderían a este momento primaveral de la vida, cuando el árbol, sin dejar de ser él mismo, se despliega con fuerza y entusiasmo a la vida en sus nuevos brotes y en los pétalos abiertos de sus flores.

Pero conviene que este Año de la fe hablemos también de frutos, es decir, de cristianos que, aun habiendo recorrido un camino de búsqueda, a veces tortuoso y largo, pueden considerarse frutos maduros de la gracia y que hoy poseen una poderosa carga testimonial. Dada la situación crítica por la que atravesamos y el momento que vivimos en la Iglesia, nos parece conveniente aportar algunos de estos testimonios. Dorothy Day, Madeleine Delbrêl i María Skobtsov, son tres testigos que hoy resultan enormemente significativos por reunir las mismas cuatro características: ser mujeres, profesar y vivir una profunda religiosidad, estar radicalmente comprometidas en lo social y ser reconocidas oficialmente por la Iglesia, al tener abiertas sus causas de canonización.

Dorothy Day anduvo un camino apasionante. Nacida en Brooklyn en 1897, de familia anglicana apenas practicante, despertó a la vida manifestando una enorme sensibilidad social. Siendo joven, agnóstica en la práctica, se apuntó a los movimientos más radicalmente revolucionarios en la línea del marxismo y el anarquismo de Kropotkin.

Escritora y activista en favor de la clase obrera, defensora al mismo tiempo del amor libre, tuvo que afrontar los problemas psicológicos causados por un aborto provocado, de resultados de su relación con un compañero periodista. Ya insertada en su búsqueda espiritual frecuentando el culto católico, recordando los cantos que sabía de pequeña y orando, se opone a su nueva pareja, Forster Batterham, enemigo acérrimo de la religión, y defiende su nuevo embarazo. Ayudada por la religiosa Hermana Aloysius, bautiza a su hija Tamar Teresa.

Sintoniza con Peter Maurin, de los Hermanos de la Doctrina Cristiana: su preparación teológica y sentido de la justicia, la Doctrina Social y en general el llamado “cristianismo social” le hacen descubrir, según dirá más tarde, la Iglesia Católica como “la Iglesia de los pobres”.

Tras su conversión seguirá con su compromiso social, fundando el periódico y el movimiento homónimo “Catholic Worker”, mientras crea comunidades de católicos comprometidos con las causas sociales de todo el mundo, verdaderos hogares de acogida y de oración. Más de 100 comunidades existen en la actualidad, en Australia, el Reino Unido, Canadá, Alemania, Países Bajos, República de Irlanda, Méjico, Nueva Zelanda y Suecia. He aquí algunos de sus mensajes:

- “El mayor desafío hoy es cómo llevar a cabo una revolución del corazón, una revolución que tiene que comenzar con cada uno de nosotros”.
- (Sobre el aborto) “Nadie tiene el derecho a escoger la vida o la muerte de otro, asumir ese poder siempre se ha considerado como la forma más extrema de opresión”.
- “No te preocupes por ser eficaz. Lo mejor es concentrarse en ser fiel a la verdad”. “El verdadero ateo es el que niega la imagen de Dios en los más pequeños”.

La Conferencia Episcopal de los Estados Unidos pidió a Juan Pablo II el inicio de la causa de canonización de Dorothy Day. Hoy se le puede considerar “Sierva de Dios”, es decir, sierva de la paz en el mundo, de los derechos humanos, de la rehabilitación de los más pobres.

Alguien ha dicho que es la santa de “los puentes”, más allá de los partidos, las facciones y de las ideologías.

Frutos de Pascua: Madeleine Delbrêl (I)

(14-4-2013)

De los tres frutos de la Pascua que hemos señalado, quizá el más cercano a nosotros sea el de aquella gran mujer que fue Madeleine Delbrêl. Es además el testimonio más rico en contrastes y el más sugerente.

Nació el 24 de octubre de 1904 en Mussidan, Francia, y murió el 13 de octubre de 1964. No recibió de su familia ninguna educación religiosa. Toda su vida se vio dominada por una gran inquietud social, que le llevaba constantemente a preguntarse cómo cambiar el mundo y cómo superar tanta injusticia. Estudió Filosofía y Letras en la Sorbona adentrándose en los ambientes intelectuales de París. Al descubrir la tremenda incoherencia del mundo que le rodeaba, pierde la débil fe que tenía: según sus palabras, gritó “Dios ha muerto, viva la muerte”. Se enamoró de un compañero de estudios, J. Maydiou, que al cabo de un año le deja para entrar en el noviciado de los dominicos. Este abandono, la enfermedad de su padre que acaba ciego, el trabajo ímprobo de su madre para salir adelante, provocan en ella el ansia de “una verdad”, que le permitiera seguir viviendo con sentido y esperanza. Busca en el cristianismo y, contra toda previsión, queda entusiasmada con Santa Teresa de Ávila. Se compromete a seguir el consejo de la santa: buscar la verdad “orando de rodillas cinco minutos cada día”. En un diálogo con jóvenes estudiantes confesará: “quedé deslumbrada por Dios y sigo estándolo”.

Este hallazgo, a sus veinte años, fue determinante en su vida. Es inevitable la pregunta: ¿cómo pudo una joven, tan volcada sobre la cultura moderna y la cuestión social, sintonizar con el pensamiento de una mística del siglo XVI, como Sta. Teresa? ¿Qué halló en ella? Justamente hace unos meses las Carmelitas Descalzas de Puçol han

publicado su último libro divulgativo de las obras de la santa, *Amor con amor. Páginas escogidas de Las Moradas de Teresa de Jesús*. Como es sabido, *Las Moradas*, también llamado *El castillo interior*, viene a ser una exposición, a base de sugerentes imágenes, del camino seguido por la experiencia de oración de la autora; por tanto, también el camino o el viaje del amor y del descubrimiento del propio “yo” en el Espíritu. El interés de la pregunta sobre Madeleine Delbrêl y Sta. Teresa, estriba en que están en juego dos grandes cuestiones, relacionadas entre sí: ¿en qué consiste la oración auténticamente cristiana?; ¿cómo la podemos discernir? Por otra parte, ¿qué relación tiene la oración cristiana con el compromiso y la acción social?; ¿no son en la Iglesia unos los que oran y otros los que se comprometen socialmente?

Madeleine Delbrêl encontró en Sta. Teresa el secreto de la verdadera oración. La santa viene a decir que la oración en el Espíritu no es propiamente una elevación hacia arriba, lejos de la tierra, ni tampoco una mirada hacia abajo, como un recurso para cambiar el mundo, sino un movimiento en profundidad: la experiencia radical de amor, desde la profundidad de nuestro ser. Hace falta por tanto andar un camino que nos permita simultáneamente aprender a amar (dejarse amar) y alcanzar ese lugar más profundo y personal, la morada más íntima, el corazón que diría San Agustín, desde el cual hacerlo. En ese lugar, donde más sentimos la necesidad de amar y ser amados, hallamos al Dios de Jesucristo. Y es en ese lugar donde, unidos a Jesucristo, descubrimos el mundo concreto, con todas sus bellezas y fealdades, sus luces y sus contradicciones, sus logros y sus sufrimientos.

En su libro *Ville marxiste* Madeleine escribió:

(Teresa de Jesús me enseñó que) “Podemos amar a Dios como amamos a una persona. Esta verdad, recibida gratuitamente, la debo dar también gratuitamente: se la debo a

Dios, que me la ha dado; se la debo a los hombres, que me la han mostrado. El amor apostólico es una obra de justicia”.

El cardenal Veillot, que había seguido de cerca la trayectoria de Madeleine Delbrêl, lamentaba en su cama del hospital no haber podido cumplir su promesa de prologar su libro *La alegría de creer*, pero aún pudo dictar a modo de agradecimiento este mensaje:

“El secreto de la vida de Madeleine es una unión tal con Jesucristo que le permitía todas las audacias y todas las libertades. Por eso su caridad pudo hacerse concreta y eficaz para todos los hombres.”

Frutos de Pascua: Madeleine Delbrêl (II)

(21-4-2013)

Madeleine Delbrêl escribió:

“Si crees que el Señor vive contigo, allí donde tengas un lugar para vivir, tienes un lugar para orar.”

En efecto, la fe actúa por el amor y el amor estimula tanto la acción como la oración. El descubrimiento de Dios y su conversión a Cristo determinó su manera peculiar de estar en el mundo. Podríamos decir “su vocación”. Para Madeleine, la vocación de cada uno es como una invitación que Dios hace a realizar una danza. Así lo expresa en una bella oración que tituló *El baile de la obediencia* y que comienza con estas palabras:

“Si estuviéramos contentos de ti, Señor, no podríamos resistir a esa necesidad de danzar que desborda el mundo y llegaríamos a adivinar qué danza es la que te gusta hacernos bailar, siguiendo los pasos de tu Providencia...”.

La alegría y la fiesta de la fe, la belleza de la vida creyente, son posibles así por la fidelidad creativa de la bailarina a la música y el ritmo de la partitura. Esta fidelidad creativa, esta obediencia, hacen posible la creación de belleza en libertad.

Esta vocación le alcanzó en el barrio de marginados donde vivía (*Nosotros, gente de la calle* es el título de uno de sus libros). La realidad más concreta de la calle entró en su corazón. Y, como su entorno social estaba dominado por fuerzas revolucionarias, adoptó ante ellas una postura de diálogo franco, sin perder su identidad. Dialogó sobre todo con los comunistas, que entonces gobernaban el Ayuntamiento de Ivry. Su entrega y su colaboración, primero como asistente social y después desde sus numerosas iniciativas a favor de los más pobres, le merecieron la admiración y el afecto de todos. Desplegó una gran capacidad de empatía, aunque nunca ocultó su

opinión sobre el marxismo: éste era, según dijo, una fuerza transformadora “sin alma”. Esta expresión en sus labios significaba que le faltaba auténtico humanismo, trascendencia y libertad. Estaba convencida de que las transformaciones sociales sin alma, en el fondo, no cambian nada y que cuando ponemos “alma” en la acción transformadora, ésta también cambia en sus maneras y en su estilo.

Para ella lo más importante era el ser humano concreto. No olvidaba los movimientos políticos, pero su preocupación se centraba en el pobre, cualquiera que fuera su forma de pobreza. Todo el que se acercara a la Casa de Acogida que ella creó junto a sus compañeras, era el más importante del mundo. En todo caso, había que dar siempre razón de nuestra esperanza. Dirá a los estudiantes en 1961:

“No se lleva la Palabra de Dios al otro lado del mundo en una maleta, se lleva en uno mismo... No se coloca en un rincón escondido de nuestro interior, sino que se le deja en el fondo de nuestro ser... Se trata de anunciar la fe: de decir, gritar y proclamar lo que creemos... No somos responsables de la incredulidad, pero sí de su ignorancia”

Su ida y vuelta de Roma solo para orar en la tumba de San Pedro es un signo de su sentido profundo de Iglesia. Ésta, ante todo, es comunión de hermanos, que “tienen necesidad hoy, no tanto de una fe nueva y rejuvenecida, sino de vivir la novedad y juventud de la fe”.

Fue referente y faro iluminador de muchos, entre ellos del dominico Jaques Loew, quien transmitió el testimonio de su relación con ella en su obra *Vivir el Evangelio con Madeleine Delbrêl*. Su obispo, François Frétière, introdujo el proceso de canonización de Madeleine en 1988, y publicó un libro sobre ella titulado *Este barrio (banlieue) que yo amo*. El mismo día de su muerte, el 13 de octubre de 1964, un joven de la JOC internacional hablaba a todos los obispos

del mundo en el aula conciliar sobre la evangelización del mundo obrero. Nos quedamos con uno de los lúcidos mensajes de Madeleine:

“Ser islotes de residencia divina. Hacer lugar para Dios. Creer de parte del mundo, esperar para el mundo y amar para el mundo”.

Frutos de Pascua: María Skobtsov (I)

(28-4-2013)

El profesor Gabriel Amengual Pastor ha tenido el acierto de introducir en la revista digital para sacerdotes *El Bon Pastor* una reseña del conocido artículo de Karl Rahner, “Espiritualidad antigua y actual” (*Escritos de Teología*, vol. VII. 1966). Este artículo se hizo famoso por aquella sentencia del autor, tan citada, de que “el cristiano del futuro será místico o no será”. El profesor Amengual lo ha considerado oportuno, porque ve que la intuición de Rahner, señalando la espiritualidad procedente del Concilio Vaticano II, resulta absolutamente actual. Esta espiritualidad, dirá, además de necesaria (“no es un problema, sino el problema”), habrá de ser profundamente religiosa (mística) e incluirá al mismo tiempo el compromiso en el mundo.

Es lo que estamos subrayando en estos “frutos de Pascua” que vamos exponiendo. María Skobtsov entra dentro de este modelo, aunque su historia y sus características son realmente únicas. Nacida en Riga (1891), ofrece la imagen de una pequeña burguesa, cultivada literaria y radicalmente. Vive la muerte de su padre como un tropiezo que casi le hace perder la fe. Trasladada a San Petersburgo, mientras frecuenta ambientes literarios de élite y decadentes, estudia algo de teología, se casa y divorcia y tiene un hijo. Se exilia a Anapa donde ejercerá como alcaldesa. Se afilia al Partido Socialista Revolucionario, que valora el hecho “estético de la religión” y evita el totalitarismo. Es denunciada por los mencheviques en el poder como colaboracionista con los bolcheviques. El juez que le juzga se enamora de ella y se casan. Con él tendrá dos hijos. El triunfo de los bolcheviques provocará el gran exilio, según sus palabras, “del alma rusa”, es decir de Rusia misma, que en miles y miles de cristianos ortodoxos con sus pastores se ven obligados a buscar refugio fuera de su patria. Las penalidades, el abandono y la miseria que comparte con sus compatriotas será la gran llamada que María Skobtsov escuchará de parte

del Espíritu. El camino acaba en Francia, donde, integrada en la ACER, vive experiencias decisivas, como los contactos con los grandes teólogos y pastores Sergei Bulgakov y Nicolás Berdiaev. Con ellos y otros muchos acepta el gran reto de volver a pensar la fe y el sentido de Iglesia ortodoxa en la nueva situación. Esta condición de inmigrante es la oportunidad de aceptar el riesgo de ser libres, como afirmará ella misma:

“Debemos sentirnos responsables de esa libertad... aceptar sinceramente este don inmenso y difícil de llevar. La libertad obliga. La libertad llama al sacrificio... Aunque ya no tengamos una patria terrena, no hemos perdido la patria celestial”.

Es la experiencia decisiva para la fe de quien vive en diálogo permanente con Dios desde el presente: ser creyente como buscador y caminante y de vivir la Iglesia como peregrina, constantemente abierta al futuro. A la nueva experiencia de fe y de Iglesia se añade la circunstancia “atroz” de la muerte de su hija Anastasia. Según su biógrafa Emilia Bea Pérez, es el momento de una “revelación” decisiva y de una real conversión:

“A la cabecera de Nastia sentí que mi alma había errado durante toda mi vida por senderos tortuosos. Desde entonces aspiro a un verdadero camino, recto y despejado, no porque crea en la vida, sino para justificar, entender y aceptar la muerte... No se ha inventado nunca nada más fuerte que estas palabras: ‘amaos los unos a los otros’, solo que hay que llegar hasta el final y no hacer excepciones. Entonces todo será justificado y la vida se iluminará. Sin esto, todo es horror y pesar”.

Este es el paso determinante de su itinerario de fe: el amor maternal “natural” se transforma en amor espiritual efectivo hacia todos los necesitados de amor.

Frutos de Pascua: María Skobtsov (II)

(5-5-2013)

Como era de esperar, el paso dado por María Skobtsov entregándose totalmente a la maternidad espiritual con los marginados le llevó a un mundo de contradicciones. Su matrimonio entró en crisis y sus hijos tuvieron que ser atendidos por sus respectivos padres. La fuerza de la “compasión” hacia los que más sufrían el desarraigo del exilio, le empujaba a la acción: atendía a alcohólicos, enfermos mentales, ancianos solos, familias pobres y sin trabajo... Más aún, su nuevo estilo de vida, la vivencia de su fe, le pedía una consagración especial en “la vida monástica”, entendida, no al estilo de la tradición ortodoxa, sino de un modo más próximo a la vida consagrada de las grandes fundaciones y carismas de carácter social, que tanto abundaron en el siglo XIX y primera mitad del XX entre los católicos. Ello requería no pocos cambios en su Iglesia y constituyó una fuente de conflictos y sufrimientos.

Fue aceptada su consagración monástica e inició una pequeña comunidad en la zona de Saxe, donde funda en precario una casa de acogida de mujeres sin familia. O. Clément, en el prólogo a la edición francesa de la obra de María Skobtsov *El sacramento del hermano*, dirá que ella era una síntesis de pasión y compasión extremas. Su programa de vida consistirá en el ejercicio de la “maternidad espiritual” hacia el necesitado y su nueva situación vendrá definida con las palabras “libertad” y “comunidad”:

“La Madre María, que no predicaba, pero amaba, nunca olvidó que solo vale aquél que, en la libertad y en la comunión, rinde el homenaje más adecuado a la imagen de Dios en él”.

La nueva casa de Lourmel, más amplia, consolida una comunidad – monasterio del todo original: tres hermanas monjas enviadas por su obispo, el P. Lev Gillet, su propia madre y sus dos hijos, con un número cada vez mayor de vagabundos, enfermos, delincuentes o artistas

arruinados... No falta la capilla donde se celebran puntualmente los oficios de la mañana y de la tarde. En tensión constante para obtener recursos económicos y alimentos, pero sin perder el buen humor, el esfuerzo sin límites, “venciendo la desmesura del mal con el amor sin medida”.

Además de los trabajos domésticos de todo tipo, del dibujo y el bordado, dedica más tiempo a la escritura. Concreta su espiritualidad y su estilo contrastándolo con otros cuatro que ha encontrado en la tradición ortodoxa: el que confunde la Iglesia (sometida), la nación y el zar en una misma adhesión; el ritualista, anclado en normas, formalista e inmovilista; “la piedad estética”, que busca el goce espectacular y el esteticismo; la piedad ascética, centrada en el esfuerzo y el compromiso. Ella propugnará la llamada piedad evangélica, centrada en la donación de uno mismo por amor, según Cristo:

“(Se trata de vivir a Cristo)... Este nuestro mundo sin Dios espera del cristianismo que pronuncie la única palabra capaz de curarlo y arreglarlo, incluso de resucitar lo que está muerto”.

Su icono será María amante con el corazón traspasado por la espada (sufrimiento pasivo) y al pie de la Cruz (sufrimiento aceptado libremente). Este icono vino a materializarse en su vida cuando Francia es ocupada por los nazis y su comunidad se entrega decididamente a la defensa de los judíos rusos y apoyando la resistencia. Vive intensamente su última Pascua en comunidad. Ella y su hijo son denunciados y trasladados, junto al P. Klepinin, a sendos campos de concentración. Ella, machacada por el sufrimiento y la muerte, en Ravensbrück encontró y repartió la paz. Se conserva un testimonio verbal suyo:

“Oh muerte, yo no te he amado a ti, no. He amado lo que está vivo en el mundo: la eternidad”.

Despertar de las conciencias: T. Moro - T. Becket - J.H. Newman (I)

(12-5-2013)

Siempre nos ha llamado la atención el mensaje de los ángeles a los discípulos de Jesús, que habían quedado encandilados mirando al cielo y viendo cómo ascendía su maestro. Sus palabras venían a decir: “no es el momento de quedarse mirando al cielo; mirad más bien a la tierra, pues en ella, en la historia de cada día, tendréis que vivir a partir de ahora. Lo podréis hacer con ayuda del Espíritu de Jesús, que os permitirá recordarle creyendo, tener fuerza para vivir amando como Él, y esperar su segunda venida, cuando Dios sea todo en todos”. No hemos de hacer más que esto. O sea, todo un sentido y un programa de vida para “gestionar” nuestra historia. Es lo que entendemos por “existir como resucitados, pero en este mundo”.

Pero esta vida de resucitados en el mundo no está exenta de contradicciones: en el mundo siguen existiendo las fuerzas que se opusieron a Cristo hasta matarlo. Uno que trate de ser fiel a aquel programa de vida, es decir, ser fiel a Cristo mismo, puede quedarse solo ante el poder de estas fuerzas del mundo, sea el poder de un régimen dictatorial, sea el poder de una mayoría, sea el poder de cualquier ideología o fuerza social. Entonces no queda más que un reducto de libertad, que es la propia conciencia. La conciencia, en efecto, es el espacio más íntimo de la persona, un espacio que solamente podría ser destruido, aniquilando a la propia persona como tal. Esto ocurre cuando la persona se transforma en animal dócil, mediante el llamado “lavado de cerebro”.

Pero la fuerza de la conciencia también puede quedar inoperante por estar adormecida. No son pocos quienes denuncian el efecto de narcótico que producen determinadas maneras de pensar o el ambiente social imperante. ¿No será el momento de que la fuerza del resucitado despierte la conciencia de los cristianos?

Curiosamente conocemos tres personajes, los tres pertenecientes al mundo anglosajón, que podemos considerar verdaderos héroes de la conciencia despierta y libre: T. Moro, T. Becket y el cardenal J. H. Newman.

Producen un gran impacto las meditaciones sobre la Pasión de Cristo, tituladas *De tristitia Christi (La agonía de Cristo)*, que escribió T. Moro (1478 – 1535) en la Torre de Londres, mientras esperaba ser ejecutado por el rey Enrique VIII, e intentando hacer propios los sentimientos de Jesús. Al comentar la escena de la Oración del Huerto, se fija en los discípulos dormidos y dice, refiriéndose sobre todo a los responsables en la Iglesia:

“¿No es este contraste entre el traidor (despierto) y los Apóstoles como una imagen especular, y no menos clara que triste y terrible, de lo que ha ocurrido a través de los siglos, desde aquellos tiempos hasta nuestros días?”.

Una Iglesia dormida por el cansancio, por el olvido, por la huida de la realidad, por un falso refugio, es una Iglesia que tiene la conciencia muerta. T. Moro fue la figura de integridad y la honradez, en la cultura, en el pensamiento humanista, en la fe cristiana y, sobretodo en el ejercicio de la política. Después de haber plasmado su sueño de una sociedad auténticamente humana en su famosa *Utopía* y haber servido sin reproche al reino, como juez y como canciller, no se dejó sobornar por el Rey y se negó a firmar el Acta de Sucesión y de Supremacía, por la que éste se proclamaba Cabeza de la Iglesia Anglicana. Su conciencia no le permitía ni siquiera simular una firma.

B. Pascal en el Prólogo a la edición de la *Agonía de Cristo* escribió: “Jesús estará en agonía hasta el fin del mundo: es preciso no dormirse durante todo ese tiempo”. Santo T. Moro es patrono de los políticos católicos.

Despertar de las conciencias: T. Moro - T. Becket - J.H. Newman (II)

(19-5-2013)

T. Moro no tenía que fijarse en un testimonio muy lejano para animarse a arriesgar la vida al enfrentarse con el poder político absoluto en nombre de la fe y de la propia conciencia. Cuatrocientos años antes un compatriota suyo ya había hecho lo mismo. Tomás Becket (1118-1170) también murió asesinado por orden (o insinuación) del rey, a causa de su firme posición en defensa de la libertad de la Iglesia, y su negativa a someterse a la pretensión de Enrique II.

Las experiencias de ambos mártires guardan un sorprendente paralelo, aunque con matices diferentes. Ambos gozaban de la amistad y la confianza del rey y su “staff” gobernante. Los dos se mostraron siempre fieles servidores del reino en cargos de máxima confianza. T. Moro ganó el aprecio social, sobre todo por su valía personal y profesional, su cultura e inteligencia. T. Becket por sus valores personales y su inteligencia en la gestión al servicio, al principio del arzobispo Teobaldo de Canterbury y después del rey Enrique II, que le llegó a profesar gran amistad y confianza.

T. Moro fue siempre laico y casado, viudo y vuelto a casar. El enfrentamiento con el rey sobrevino cuando se negó a firmar el Acta de Sucesión por la que aquél se erigía en poder absoluto sobre la Iglesia. Conocemos el fondo religioso cristiano de su posición gracias a la carta que dirigió a su hija Margarita desde la prisión:

“Aunque estoy bien convencido, mi querida Margarita, de que la maldad de mi vida pasada es tal que merecería que Dios me abandonase del todo, ni por un momento dejaré de confiar en su inmensa bondad. Hasta ahora, su gracia santísima me ha dado fuerzas para postergarlo todo: las riquezas, las ganancias y la misma vida, antes que prestar juramento en contra de mi conciencia”.

T. Becket fue ordenado diácono y sacerdote por el arzobispo

Teobaldo. Siendo clérigo ordenado siguió al servicio de la corona. La maniobra del rey consistió en nombrarle arzobispo de Canterbury, con lo cual lograba el objetivo de ganar poder amigo en el ámbito de la Iglesia. Lo que él no esperaba fue que, con este nombramiento, T. Becket se identificase totalmente con el ministerio de pastor y adoptase una vida austera, vistiese hábito monacal, renunciase al cargo de canciller y se entregase al servicio de los pobres y de la pastoral al pueblo llano. El rey, sin embargo, llevó a cabo su programa de sometimiento de la Iglesia. T. Becket tuvo que exiliarse a Francia, donde vivió como fraile cisterciense. Al regresar, confiado de las promesas de rey, no cambia sus convicciones y éste insinúa el asesinato, que llegará a ser perpetrado durante el oficio de medianoche en la misma Catedral de Canterbury por guardias al servicio de la corona. T. Becket exclamó: *“muero gustoso por el nombre de Cristo y por la defensa de la Iglesia”*.

Lo anecdótico de ambos mártires es diferente: en T. Moro la anulación autónoma del matrimonio de Enrique VIII por interés político y en T. Becket, la reivindicación de la jurisdicción total sobre la Iglesia por Enrique II. Pero la cuestión fundamental es la misma: la lucha en conciencia contra el poder absoluto que pretende sojuzgar la Iglesia y ponerla al servicio de los propios intereses con procedimientos tan antievangélicos como la mentira, la violencia y el asesinato.

¿Dónde hallar conciencias tan despiertas, tan puras, tan libres, que sepan sólo responder ante Dios y así salvar a la propia humanidad?

Despertar de las conciencias: T. Moro - T. Becket - J.H. Newman (III)

(26-5-2013)

La extraordinaria figura de John Henry Newman (1801-1890), llenando todo el siglo XIX, el siglo de las grandes convulsiones y desafíos para la humanidad y para la Iglesia, puede considerarse un verdadero monumento a la conciencia humana.

También Newman despertó ante la decadencia y la mediocridad, el amodorramiento, la inconsciencia y el servilismo de la Iglesia anglicana de su tiempo. Despertó para adentrarse en el camino apasionante e inmenso de hallar la Verdad, según su propio lema, “a partir de las sombras y las figuras”. Siendo adolescente vivió una profunda experiencia de encuentro con el Dios personal, en el marco de una fuerte exigencia ética. En Oxford entró en una especie de “aristocracia intelectual” (cultura, inteligencia, rigor en el pensamiento) y, como tutor en el Oriel, descubrió su vocación educativa, ordenándose de diácono y comprometiéndose al celibato. Comenzó a descubrir la riqueza de una fe más allá de moralismos simplistas y devocionales. Inmediatamente sintonizó con una minoría de amigos y compañeros que compartían la misma conciencia despierta frente a la situación. Con ellos formó y lideró el conocido “Movimiento de Oxford”, que propugnaba la reforma sobre tres bases: honradez intelectual y moral, búsqueda de la Verdad de la fe en sus orígenes, superación de toda reducción de la fe a juego de razón... Fue una sacudida, que se difundía por medio de publicaciones breves y frecuentes (los famosos “*tracts*”). Cuando Newman, en su búsqueda, manifiesta la afinidad de los principios que debían regir la Iglesia Anglicana con la doctrina católica, recibe un alud de críticas y se retira a la oración, al pensamiento y la investigación: su conciencia inquieta le lleva a descubrir el verdadero sentido de la Tradición y el desarrollo de la Doctrina Cristiana, desde la fe de los Apóstoles hasta nuestros días. El fin de este proceso fue la adhesión

a la Iglesia Católica.

Newman siguió siendo el mismo. Ahora como sacerdote católico y miembro del Oratorio de San Felipe Neri, tiene por delante grandes tareas. También la Iglesia Católica tiene necesidad de renovación. Obstáculos no faltan, pero él se entrega a la acción pastoral, a la realización de proyectos educativos, a la causa del mutuo reconocimiento de católicos y anglicanos en la misma cultura y al diálogo necesario de la Iglesia con el mundo moderno y la ciencia. Sus aspiraciones no hallaron eco ni apoyos suficientes, de forma que se retiró al Oratorio de Birmingham. Un ataque obcecado e intransigente del lado anglicano motiva la redacción de su conocida obra *Apología pro vita sua*, donde da razón de su camino y de sus hallazgos. Esta obra maestra, otros escritos y sus sermones, le devuelven el prestigio merecido. Es llamado a participar en el Concilio Vaticano I y declinó la invitación. El Papa León XIII le nombró cardenal.

El Papa Benedicto XVI siente hacia Newman una especial predilección. En su artículo “Si quieres la paz, respeta la conciencia de cada hombre. Conciencia y libertad”, refiere la famosa cita de Newman:

“Si yo tuviera que brindar por la religión, lo cual es altamente improbable, lo haría por el Papa. Pero en primer lugar por la conciencia. Sólo después lo haría por el Papa”.

Es una falacia entender la conciencia como recurso de la propia libertad contra la Verdad que viene propuesta desde fuera. La conciencia es buscadora apasionada de la Verdad. Así oraba Newman en la soledad anhelante de Sicilia:

“Yo amaba mi propio camino. Ahora te ruego, alúmbrame para seguir”.

“Un hombre de conciencia es el que no compra tolerancia, bienestar, éxito, reputación y aprobaciones públicas renunciando a la verdad”

Palabras de fe: Raïssa i Jacques Maritain - Leon Bloy (I)

(2-6-2013)

La periodista Pilar Rahola, en su columna del pasado día 9 de mayo en *La Vanguardia* glosaba sus sentimientos sinceros ante “El horror” de los hechos acaecidos en Cleveland, el espantoso caso de las tres jóvenes secuestradas, violadas y obligadas a abortar durante diez años por uno o tres sujetos, paradigma de inhumanidad. Tras constatar la terrible realidad del mal que el ser humano puede causar, comparable y, lógicamente, más inadmisibile que el comportamiento de los virus, que siguen las leyes de la pura biología hasta el suicidio, se formula aquella pregunta que tantas veces aflora delante de víctimas de atrocidades semejantes: “¿Dónde está el alma humana en estas bestias?, preguntaría si fuera creyente, o peor aún, preguntaría dónde está Dios. Porque lo cierto es que hay ciertos parámetros del mal que escapan a cualquier fe y a cualquier ley...”

Nos interesa mucho esta pregunta. Y hemos de agradecer que un personaje público sea capaz de formularla, demostrando que va más allá de meras sensaciones siempre efímeras a las que nos tiene acostumbrados el mundo de los *mass media*. Está además bien formulada al incluir la doble cuestión: ¿dónde el alma humana, dónde Dios? Y quienes intentamos creer sin renunciar a pensar y a sentir como seres humanos, hemos de saber afrontarla con total honradez.

La lista de los horrores provocadores de los grandes interrogantes sería interminable. No sólo remitiéndonos a la conocida *shoah* del Holocausto hebreo, sino también a los más de cien millones de víctimas de regímenes comunistas de Polpot, los Gulag de la Unión Soviética, los campos de concentración, castigo y “reeducación” bajo Mao, que todavía subsisten hoy en China... y, sin alejarnos de la actualidad, la tragedia, que clama toda justicia, de la fábrica hundida en Bangladesh sobre más de mil trabajadores...

La pregunta formulada por Pilar Rahola resulta particularmente

oportuna, cuando escuchamos tantas veces a quienes son interpelados sobre la fe (recordemos precisamente testimonios de entrevistados en “La Contra” del diario *La Vanguardia*), que responden “yo creo en la humanidad”, “sólo creo en el ser humano”. No caen en la cuenta de que “humanidad”, “ser humano” son conceptos totalmente abstractos. No existe “la humanidad” más que como concepto lógico. Lo que existe son seres humanos con rostros, con nombres y apellidos concretos. ¿En quién, en quiénes creemos? Podríamos hacer también una lista de “buena gente”, que ha hecho grandes cosas por la humanidad. Pero, ¿quién se ve libre de ocultas falsedades, pequeñas o grandes vanidades, traiciones para obtener beneficio en esta acuciante competencia, abandonos egoístas de compromisos de amor...?

La fe cristiana tiene en su centro una verdad sobre Dios, que escandalizó a los judíos, hoy escandaliza a musulmanes y en general a todas las religiones: creemos en el Dios empapado, ahíto de carne humana, el Dios Encarnado, de carne humana que goza, pero que sobre todo sufre. Con el Evangelio en la mano podemos adelantar una primera respuesta a la pregunta: el verdadero Dios está con las víctimas, no sólo junto a ellas a manera de compromiso ético, sino ante todo en ellas mismas. Usando una expresión de la periodista afirmamos precisamente que “no hay parámetro de mal que sea ajeno al Dios de Jesucristo”. ¿No lo vemos hoy en la Eucaristía?

Esto se ha de explicar. Lo haremos glosando el itinerario de fe que hicieron en pareja Raïssa y Jaques Maritain, tal como lo describe ella en su encantadora carta “*En busca de lo absoluto*”.

La lucidez de Unamuno le hizo afirmar: “Dios no ha venido a quitar el mal del mundo, sino a llenarlo de su presencia”.

Palabras de fe: Raïssa y Jacques Maritain - Leon Bloy (II)

(9-6-2013)

Dónde está Dios, dónde está el ser humano, son dos preguntas que constituyen dos caras de una única cuestión fundamental: ¿cuál es la verdad de la vida? A veces esta cuestión sobreviene con la violencia de un bofetón en la cara, tras constatar un hecho que signifique inhumanidad, degradación, injusticia, sufrimiento, crisis del ser humano. Pero en realidad todos nos la hemos de plantear hoy, para llegar a creer o para tener una fe lúcida, capaz de responder a las interpelaciones de la increencia. La experiencia de Raïssa y Jacques Maritain nos dice que es un buen camino llegar a sentir el límite de la humanidad, lo que “da de sí el ser humano”.

Raïssa es una joven que se ve como estudiante solitaria en medio de la Universidad de la Sorbona. Su soledad no es debida sólo a su falta de comunicación con sus compañeros, sino también a que sus profesores de ciencias y la enseñanza que recibe, contra lo que ella esperaba, no dan respuesta a sus grandes preguntas. Así escribe en su carta *“En busca de lo absoluto”*:

“Yo sólo busco verdaderamente aquello de que tengo necesidad para justificar la existencia, lo que parece necesario para que la vida no sea una cosa absurda y cruel. Tengo necesidad de la alegría de la inteligencia, de la luz de la certidumbre, de una regla de vida fundada en la verdad sin defecto.”

Su encuentro con Jacques Maritain significó para ella una bocanada de aire fresco, una ventana abierta al mundo. Él la buscó para invitarle a participar en una campaña de protesta por la represión que habían sufrido unos estudiantes socialistas en Rusia. Fue el inicio de una relación decisiva para ambos: un camino de búsqueda en pareja, sazónada por el afecto y la inteligencia, motivada por las mismas inquietudes. “Por primera vez podía hablar de mí misma”, “por primera vez encontré alguien en quien confiar”, dirá ella. Aunque Jacques ya era licenciado en filosofía, seguía también los

estudios de ciencias biológicas. El camino que anduvieron juntos, sin embargo, atravesó momentos de profunda oscuridad, soportada únicamente gracias al amor que les sostenía “vivos”.

En efecto, un mediodía de verano se ven repasando y haciendo balance de los años transcurridos en los estudios, constatando el escepticismo que contagiaba el ambiente de la Universidad, observando la situación por la que atravesaba el mundo y el destino de tantas personas justas e inocentes... Y comienzan a sentir, según sus propias palabras

“una profunda decepción del alma que siente el engaño de haber tenido fe en la humanidad, de haber creído en la fuerza triunfante de la verdad y de la justicia, de la bondad y de la piedad, de todo lo que sabemos es el bien”.

Jacques sobre todo conservaba a veces una cierta ilusión en que valía la pena todavía luchar por los pobres. Y ambos aceptaban llevar el sufrimiento “con dignidad”. Pero lo que no podían soportar era que ese sufrimiento, propio y ajeno, fuera absurdo, que todo significara una comedia vacía, “un teatro de lágrimas y de sangre”. Para ser vivida, la vida necesitaba una justificación.

Estaban decididos a ser consecuentes hasta el final. Si seguían adelante, era porque algo les empujaba a dar un crédito a la vida, un crédito ciego y osado. Formalizaron su compromiso matrimonial en medio de un silencio cómplice y elocuente: habían llegado a una comunión tal que ninguno de los dos se entendía ya sin el otro.

El destino aún les tenía preparada una dura prueba. Raïssa estuvo a las puertas de la muerte, salvada en el último momento, víctima de una infección de garganta, que le impedía respirar. Dirá que estaba dispuesta a morir “como un pájaro”, en silencio, sin protestas ni remordimientos. Al fin y al cabo, ¿qué valor tenía su existencia?

Palabras de fe: Raïssa y Jacques Maritain - Leon Bloy (III)

(16-6-2013)

Raïssa y Jacques Maritain, aunque comenzaron su camino como buscadores solitarios, pronto descubrieron que una de las vías más frecuentes y eficaces que utiliza Dios para acercarse a nuestras vidas es la amistad. De hecho, una vez convertidos a la fe, la casa del matrimonio pronto se transformó en un centro de acogida y encuentro, como la misma Raïssa plasmó en su libro *Las grandes amistades*. El encuentro de amistad más influyente por su peso testimonial fue el que tuvieron con Léon Bloy, también convertido, proveniente del judaísmo.

Léon Bloy era un radical absoluto. Un profeta que vivía anclado en el ideal, fustigando toda imperfección en la sociedad o en la Iglesia a través de sus ensayos y artículos. Un profeta que pretendía ser consecuente hasta las últimas consecuencias en su vida personal. Un inquieto y un descontento permanente, sumido en el sufrimiento y la pobreza (uno de sus libros se titula *El desesperado*). Pero, quizá por este conjunto de características, Léon Bloy significó para Raïssa y Jacques el impacto testimonial que necesitaban.

¿Qué descubrió en él la pareja de buscadores? Raïssa y Jaccques eran dos intelectuales al uso, cargados de prejuicios contra la fe y la Iglesia Católica. Su encuentro con Léon Bloy fue a un tiempo normal y fortuito. En principio se sintieron atraídos por la calidad de su literatura, que contrastaba con la austeridad y la miseria de su vida. Le solicitan una entrevista, a la que él accede gustoso, interpretándola como signo providencial: fue el inicio de una larga y profunda amistad. Según dice Jacques en su libro *Cartas de Léon Bloy a sus ahijados*, lo que ellos hallaron en él fue todo lo contrario a un cristiano burgués, adocenado o cómodo. Hallaron un apasionado por la Justicia y la Verdad de Dios, que había superado la estrechez y el nihilismo de la mentalidad cientifista.

Encontraron un creyente, que deseaba vivir el Evangelio con radicalidad, hasta asumir la pobreza y el sufrimiento que ello suponía, sabiendo que así ganaba la libertad. Viéndole, dirá Jacques, “se sabía o se adivinaba que no hay más que una tristeza, la de no ser de los santos”. Se imponía ir más lejos y averiguar el manantial de esta vida fascinante. Pero no sin lucha interior. Había que vencer la imagen que ellos tenían todavía de la Iglesia, así como el temor a la ruptura con los que desde siempre habían sido amigos y “renunciar a la inteligencia”: “si Dios ha querido ocultar la Verdad en un montón de estiércol -dirá Jacques en plena crisis- tendremos que ir a buscarla allí...”.

No fue sólo estiércol lo que acompañaba la Verdad, sino también rayos de luz limpia y transparente. Se hicieron bautizar el 11 de junio, día de San Bernabé, “el hijo de la consolación”. La inteligencia y la cultura les ayudaron a descubrir, dentro de la Verdad creída, resplandores que iluminaban el pensamiento y la vida, incluida la vida política y social, los grandes desafíos del mundo moderno. A ello entregaron su vida.

Raïssa quedó deslumbrada por el sermón de un sencillo párroco del pueblo el día de la Asunción de María. Escribió:

“Era la memoria de la Mujer llena de gracia, de la Madre del bello amor y del temor, de la ciencia y de la santa esperanza, de aquella a quien la Iglesia aplica las palabras de la Sabiduría: ‘En mí está la gracia de todo camino y de toda verdad; en mí está la esperanza de la vida y de las virtudes’. Y a quien la Iglesia ora: ‘En la verdad, la dulzura y la justicia tu diestra se señalará por frutos maravillosos’”.

La humanidad de Mn. Albert Domingo

(23-6-2013)

Algunas verdades que afirmamos desde la fe nos parecen tan osadas, que a la hora de la práctica y de la vida concreta, no las tenemos en cuenta o las silenciemos más o menos conscientemente. Así ocurre con el principio, sostenido por teólogos y maestros del espíritu, de que la gracia de Dios, el Espíritu Santo en nosotros, no destruye lo que somos naturalmente, sino que lo perfecciona. Esto en la práctica quiere decir que una persona, tras haber creído y haber sido bautizada y permanecer fiel al don recibido, “ha crecido en humanidad”, ve sus cualidades y virtudes humanas más desarrolladas, al menos en el sentido espiritual y ético.

Quizá tenemos reparo en reconocerlo a la hora de la verdad, cuando en realidad es algo que no deberíamos callar y menos aún olvidar, sobre todo en este Año de la fe, o cuando afrontamos la cuestión de ser cristiano en un mundo, que tantas veces reivindica ser muy humano al margen de la fe.

Tales pensamientos vienen a la mente al conocer el rostro sacerdotal de Mn. Albert Domingo Roig. Me refiero al rostro sacerdotal de Mn. Albert como símbolo o representación de toda su manera de ser, su trato, sus palabras y sus acciones. Vendría a significar como el conjunto de toda “su humanidad”, su modo de ser humano. Y recordamos que la “humanidad” de un sacerdote, su rostro sacerdotal, es doblemente tocado por el amor y la gracia de Dios: en primer lugar por el bautismo y en segundo lugar por el sacramento del Orden.

Podemos explicarlo recurriendo a algo sorprendente que escribió el novelista Constantin Virgil Gheorghiu en una especie de prólogo a su conocida novela *De la hora veinticinco a la hora eterna* (1949). El autor cuenta, con estilo autobiográfico, la experiencia fundamental de toda su vida, es decir, cómo siendo niño descubrió el mundo, toda la realidad, a través del rostro de su padre, un pope ortodoxo rumano. Aquel rostro,

naturalmente, era perfectamente humano; pero hasta tal punto estaba traspasado por el misterio, que todos sus rasgos, su mirada, su belleza, sus formas, constituían una ventana, el umbral para acceder al mundo transformado por el Espíritu de Dios. Aquel rostro era para él como un icono, con todo lo que ello significa en la teología y la espiritualidad ortodoxa: una presencia y un testigo viviente, actual, de la gracia que transfigura el mundo.

Quizá suene muy extraño hablar así sobre los sacerdotes. Pero estamos convencidos de esta verdad. A su modo, debemos decir lo mismo de cualquier bautizado. Mn. Albert, la extraordinaria “amabilidad” de su rostro, su sensibilidad hacia el sufrimiento humano, y en general de su forma humana de ser, es el resultado de la acción del amor de Dios. El Espíritu ha ido trabajando su persona, sus valores y cualidades humanas, lo que es por nacimiento y por condición de cristiano, a fin de construir en él una humanidad apta para hacer presente sacerdotalmente el amor de Dios.

Nada en nuestra fe es “en parte humano y en parte divino”. Menos aún en el sacerdote. De él solemos decir, con razón, que ha de ser “muy humano”. Pero bien entendido que esto no significa que ha de ser “menos divino”. Al contrario, su humanidad brilla tanto más, cuanto más es tomada, elevada y perfeccionada por la gracia. Los buenos sacerdotes, con sola su presencia “humana”, nos acercan al misterio.

Palabras de fe: Samuel Stehman

(30-6-2013)

Ya damos por sabido que los grandes creyentes han sido siempre grandes buscadores. El camino de búsqueda viene a ser siempre esencialmente el mismo, pero en la práctica hay tantos como personas: cada una hace el suyo propio. Podemos conocer el camino de búsqueda de Samuel Stehman a través de algunas de sus palabras de fe contenidas en su libro *El Dios que yo ignoraba*.

Así expresaba su sentimiento al concluir lo que podríamos considerar el primer paso de su búsqueda:

“¡Qué recuerdo tengo de aquel pobre hombre excepcional! Diez años más tarde tuvo un fin digno de una novela de Dostoievski: se suicidó al darse cuenta del fracaso de una santidad sin Dios”.

Se refería a un gran profesor de lengua y cultura griega, hombre admirable, sumamente atractivo, culto y humanista, cercano y amable, persona de grandes ideales y agnóstico. La influencia de este profesor en la vida de Samuel Stehman fue decisiva. Significó la apertura al mundo del espíritu. Dirá: “este hombre me descubrió, no el mundo griego, sino el mundo del alma humana”. En el conjunto de su trayectoria venía a significar lo que Cicerón y los académicos en la vida de San Agustín.

Pero nos sorprende esta afirmación tan rotunda de que se suicidó a causa de su empeño por llevar adelante una vida santa prescindiendo de Dios. El deseo del profesor era llegar a vivir hasta la perfección una ética humana no religiosa. ¿Qué le llevó al suicidio? ¿No poder integrar el fracaso, el “pecado” humano propio y ajeno? ¿La comprobación de no poder alcanzar la felicidad? ¿La ausencia de reconocimiento social? ¿No encontrar un sentido último al esfuerzo por ser perfecto?...

Lo que sí sabemos es que a Samuel Stehman aquel testimonio de humanismo le sirvió, aunque sin saber por qué, para pensar en Jesús como hombre perfecto, sin ninguna connotación religiosa, él que se había

educado en un ambiente totalmente agnóstico y ateo. Le atraía de Jesús su paradoja: ser, al mismo tiempo, testigo del sufrimiento humano y maestro de la alegría.

Pero aún le quedaba un amplio margen de insatisfacción. Él quería saber dónde estaba la verdad, no como cuestión de curiosidad intelectual, sino como Verdad de la Vida. Esa Verdad que le debía venir de fuera y que le permitiera vivir con sentido y esperanza, no sólo la belleza de la vida humana, sino también sus contradicciones y sus fracasos.

“Más tarde, en la *Imitación de Cristo* encontré las palabras que resumen todo esto en una especie de oración. No hay otras tan expresivas ni tan mías como estas: Oh Dios que eres la Verdad, hazed que yo sea uno con vos en un amor eterno”.

Así la Verdad en el amor se le hizo cercana precisamente respirando el aire de la amistad. Su amigo Axel le descubrió la Verdad de la fe plasmada en el arte y su amiga Jeanne le proporcionó el regalo impagable de la empatía y la comunicación en su búsqueda: gracias a ella logró confesar (hacer consciente y formular) su fe – amor a Cristo. “¿Por qué no sigues siendo judío?”, le dijo ella. “Porque prefiero a Cristo”, respondió él casi sin pensarlo... Y después explicó:

“Había encontrado el origen radical, el punto de partida de todo y de mí mismo, el secreto inicial, la clave, tomada en sentido musical. El mundo toca en Dios mayor”.

Palabras de fe: Hannah Arendt (I)

(7-7-2013)

A veces escuchamos palabras que no son propiamente de fe, pero que nos pueden ayudar a creer o a creer más profundamente, porque nos sitúan en el umbral de la fe o nos iluminan a la hora de responder ciertos interrogantes. Es el caso de estas palabras, que resumen una de las ideas fundamentales de la filósofa judía Hannah Arendt en su tesis doctoral *El concepto del amor en San Agustín*:

“Dios recrea el hombre. Aceptando el amor de Dios, la criatura ama como Dios ama, y eso significa que ama a los hombres, no como individuos, sino como criaturas de Dios. Ama a su prójimo, no por él mismo... Lo que el hombre ama es lo eterno en sí mismo y en los otros, y de este modo todos los hombres son igualmente amados, porque son, por decirlo así, ocasiones iguales para el amor”.

Hannah Arendt está hoy de actualidad a raíz del estreno de una película que lleva su nombre. Esta película narra las vicisitudes que ella vivió con motivo de la posición que adoptó en sus escritos frente al proceso contra el nazi Adolf Eichmann; una posición que dejó plasmada en su obra *Eichmann en Jerusalén: informe sobre la banalización del mal*: allí reflejó su pensamiento filosófico político. Es en este terreno y su compromiso con el sionismo, donde ella es más conocida y donde trabajó toda su vida, como gran discípula de Heidegger y de Jaspers. Pero a más de uno sorprenderá que su primer paso en el mundo de la creación filosófica, su tesis doctoral, redactada cuando tenía poco más de veinte años, consistiera en el estudio del amor en San Agustín. Y sorprenderá especialmente el hecho de que este estudio fuera fundamental para entender su pensamiento posterior sobre la acción política.

Naturalmente no es éste el lugar para exponer su filosofía. Pero sí que nos interesa un hecho muy significativo para nuestra fe. Ella quiso mantenerse siempre dentro de los límites de la filosofía, es decir, utilizar

sólo la razón humana para profundizar en el conocimiento de la verdad, en nuestro caso, de la verdad sobre el amor humano. Encontró, como ya hizo su maestro K. Jaspers, que el pensamiento de San Agustín sobre el amor humano no ofrecía un sistema coherente, que dejaba abiertos muchos interrogantes y planteaba contradicciones a la filosofía. Así y todo ella sostuvo que era un pensamiento sistemático y como tal lo expuso en su estudio. Algunos le reprocharon que no había tenido en cuenta la teología, es decir, lo que San Agustín conocía y tenía como verdadero desde su vida de fe. De hecho ella misma, revisando su trabajo de juventud, introdujo muchos pasajes de *Las Confesiones*, donde el santo iba descubriendo vitalmente los secretos de la amistad y el amor humano a la luz de la fe.

¿Qué es lo que nos enseña todo esto? Un hecho fundamental: el amor humano, su misterio, su verdad, sólo se puede esclarecer a la luz del Dios amor. El amor como deseo y búsqueda del bien y la felicidad reduce todo lo que no es Dios a puro medio; el amor humano se ha de hallar, no en la tendencia a un fin futuro, sino en el origen, en el ser creado para el amor; el amor al hermano sólo se podrá entender si Dios le hace amable con su propio amor...

Como dirá Gustave Thibon en sus estudios sobre el amor humano, éste es “una mirada ciega hacia la luz”. Un límite para la filosofía, pero una suerte para quienes deseen encontrar a Dios por una vía segura.

Palabras de fe: Hannah Arendt (II)

(14-7-2013)

Seguimos algunos mensajes que nos dejó Hannah Arendt, extraídos del gran, profundo y completo estudio que de ella realizó Elisabeth Young-Bruehl. Desconocemos la película que le ha puesto de actualidad. Pero damos crédito a este estudio, donde la autora dedica todo un capítulo al episodio que constituye el argumento cinematográfico, es decir, al seguimiento periodístico, que realizó Arendt, del juicio al jefe nazi Adolf Eichmann en Jerusalén.

Como hemos visto a propósito del amor humano, Arendt nos interesa porque en su búsqueda de la verdad filosófica evoca algunas rendijas por las que se abre a una “posible” realidad trascendente e incluso a un Dios personal. Contando con un Dios personal, como el heredado de la tradición judía, podría dar razón de problemas y respuestas que aparecen en la vida humana y social, concretamente en el ámbito de la justicia y del derecho, por tanto también de la política.

La postura de Arendt ante el juicio contra Eichmann era muy distinta de la adoptada por los políticos y el gobierno israelí de Ben Gurión. Éste, sus servicios secretos, había secuestrado a Eichmann en Argentina y había montado el juicio en Jerusalén con la intención, más o menos confesada, de reafirmar el proyecto político del nuevo estado, aprovechando el anhelo de reivindicar el honor y el orgullo del pueblo judío tras el sufrimiento vivido bajo el nacionalsocialismo. Arendt, por el contrario, junto a su marido Blücher, Jaspers, y otros intelectuales, pensaba que el juicio había de ir más allá, que la causa debía ser considerada como crimen contra la humanidad y que el jurado debía dilucidar desde un criterio objetivo de justicia (quizá un jurado internacional como en Nüremberg) independientemente de interés político, y que Eichmann no sólo era un enemigo del pueblo judío, sino un inhumano desnaturalizado, un sujeto que había llegado a ser incapaz de pensar (como todos los violentos

totalitarios de uno u otro signo), digno únicamente de burla (B. Brecht). Hay que decir que esta postura aséptica y honrada adoptada desde la verdad objetiva supuso para Arendt no pocos sufrimientos a causa de la campaña mediática contra ella, hostigada por el poder político, acusándole de traidora y enemiga del pueblo judío...

El contraste se plasmó en la fatigosa conversación que Arendt mantuvo una noche con Golda Meir, a la sazón ministra de asuntos exteriores del gobierno israelí. Ésta vino a decirle: “Siendo yo socialista, naturalmente no creo en Dios. Creo en el pueblo judío”. Y Arendt explicará:

“Me quedé sin respuesta... Pero podía haberle dicho: la grandeza de este pueblo brilló en una época en que creía en Dios y creía en Él de tal manera que su amor y su confianza hacia Él eran mayores que su temor. ¿Y ahora este pueblo sólo cree en sí mismo? ¿Qué bien puede derivarse de ello?”.

El problema es serio. ¿En virtud de qué un juez sentencia sobre la vida de una persona? ¿En virtud del resultado de una mayoría de representantes políticos que determinan lo que es justo y que puede cambiar según el resultado de las luchas de poder? ¿O la justicia subsiste independientemente de este resultado? Arendt era demócrata convencida, no propugnaba la vuelta a la teocracia del Antiguo Testamento, pero sostenía que la causa no era sólo de un pueblo, sino de toda la humanidad y de la virtud misma de la justicia y de la dignidad humana: su sentido, su valor y su peso se sustentaban en algo más que la ley escrita...

Quienes creemos en Cristo afirmamos que la justicia triunfa en su Resurrección, aunque paradójicamente el justo pueda morir a causa de las leyes humanas. Las leyes y las sentencias de un tribunal no son justas por quién las dicta, sino porque sirven a la justicia traduciéndola a la vida social y concreta.

Palabras de fe: Hannah Arendt (III)

(21-7-2013)

La postura que adoptaba Hannah Arendt ante los políticos y sus decisiones nos resulta muy familiar a quienes intentamos aplicar criterios cristianos, es decir, la Doctrina Social de la Iglesia, al discernimiento moral de la vida política concreta. Ella era una filósofa, pero su actitud y sus palabras rozaban de alguna manera lo que un creyente podía vivir y decir desde su fe.

Así, tomaba postura ante cuestiones tan graves como la guerra del Vietnam o el escándalo del Watergate, y en el marco de sus conferencias y coloquios era interpelada, sobre todo por sus alumnos y gente joven, para que se definiera políticamente, si era conservadora o liberal... A lo que ella respondía:

“Realmente no lo sé... Supongo que nunca estuve situada en ningún de esas posiciones. Tú sabes que para la izquierda soy conservadora y que los conservadores me toman por una izquierdista, una inconformista, o sabe Dios qué... No creo que la cuestión real de este siglo acabe siendo iluminada por este tipo de cosas”.

En definitiva, ella vivía en el espacio de las ideas y del pensamiento, donde los problemas se ven con toda su profundidad y se descubre “lo que debe ser”, el ideal. Pero el sufrimiento y el conflicto venían cuando tenía que vivir lo que realmente es. Esto no nos resulta extraño a los cristianos. Sabemos que una palabra de fe referida a la política siempre será crítica e inconformista, pues ninguna opción política realizará el ideal evangélico en el que creemos; y, sin embargo, no podremos dejar de optar en concreto, para no pecar de evasión y falta de compromiso. Sólo que la fe nos facilita una salida a este conflicto, que quizá ella no pudo practicar.

Creemos que esta tensión marcó toda la existencia de Arendt, incluida su existencia personal e íntima. Lo podemos ver en su actitud

frente a la gran cuestión del valor de la vida humana y de la muerte.

Ella se mostró siempre absolutamente apasionada de la vida humana. Pero tuvo que afrontar episodios de enfermedad y muerte como una trágica contradicción difícil de digerir. La enfermedad y muerte de su marido, un accidente de tráfico que le pudo haber costado la vida, la muerte de amigos íntimos... ¿Cómo afirmar apasionadamente la vida? El Papa Juan XXIII falleció en el verano de 1963, estando Arendt en Roma. Quedó sorprendida de la personalidad del Papa, ese hombre sencillo, lleno de confianza en sí mismo, un hombre cuya fe le parecía inspiradora y que puso de manifiesto en las palabras que pronunció en su lecho de muerte: “Cualquier día es bueno para nacer, cualquier día es bueno para morir”. Arendt expresó su admiración en el ensayo *El cristiano en la silla de Pedro* y el filósofo J. Glenn Gray le hizo esta observación: “Me he percatado de que se trata de la misma robusta afirmación de la vida en ti (como en él). Supongo que sólo los poseídos por este sentimiento de afirmación pueden permitirse poner en cuestión el valor de la existencia en absoluto”.

A la hora de la verdad, Arendt no integró con paz todas las experiencias de muerte que la realidad le tenía deparadas. Eran una contradicción insufrible a su energía y sus ganas de vivir. En su propia enfermedad no soportó la convalecencia, despreció el tratamiento, se volvió agresiva y displicente y compensó la soledad aferrándose obsesivamente a los amigos. Le sobrevino la muerte en plena actividad...

La fe nos permite afirmar apasionadamente la vida humana hasta reconocerla como eterna, y al mismo tiempo asumir hasta el fondo la tragedia de la muerte, siempre que la vivamos como lo hizo Jesucristo, es decir, amando hasta el final.

Palabras de fe: ¿derecho a decidir sobre el propio cuerpo?

(28-7-2013)

Algunos programas políticos incluyen entre sus proyectos “la defensa del derecho de la mujer al propio cuerpo”. Esta expresión, tal como suena, es evidente y no plantea ninguna cuestión: todo ser humano tiene derecho a “usar” su propio cuerpo. Sin embargo, a poco que pensemos, lo que en realidad quiere decir merece unas palabras de fe.

Respirando todavía la atmósfera que nos deja Hannah Arendt con sus pensamientos y su vida inserida en la problemática de la filosofía política, nos preguntamos qué significan estas palabras como proyecto político y qué valoración merecen a la luz del Evangelio.

1º La expresión no es muy afortunada, pues da entender que el cuerpo es “una cosa” a utilizar libremente por nuestro espíritu. La fe nos dice que el cuerpo humano no es algo añadido a manera de instrumento, sino que forma parte indisolublemente de nuestro ser persona, de ahí su dignidad.

2º Estas palabras pueden referirse a todo tipo de situaciones en que la mujer tiene derecho a decidir sobre ella misma en el ámbito corporal. Pero generalmente se entienden como el derecho de la mujer embarazada a decidir autónomamente si aborta o deja vivir el feto.

3º Quienes defienden este pretendido derecho se basan en la estrecha dependencia para sobrevivir que el feto tiene respecto de la madre, la cual no podría ser privada de la capacidad de decidir libremente. Pero la cuestión fundamental es que el feto es un ser humano distinto de la madre: la dependencia respecto de la madre no significa que el feto sea una parte del cuerpo de la madre o que pueda considerarse “propiedad” suya (pues entre seres humanos nadie es amo de nadie), de manera que la madre pueda decidir si el

feto ha de vivir o morir. Más bien al contrario, el sentido de la dependencia es que el feto viva.

4º Incluso en el supuesto de que se considere un conflicto de derechos, el de la madre a decidir libremente y el del feto a vivir, es evidente que en la jerarquía de derechos prevalece el derecho a vivir que tiene todo ser humano, sea cual sea su fase de desarrollo. Nadie podrá pensar que el precepto de no matar otro ser humano signifique un atentado contra el libre uso del propio cuerpo, aunque la vida de este otro ser dependa de uno mismo.

5º Este precepto es defendido por los cristianos desde su fe, pero también los cristianos creemos que debe pasar a ley civil, porque junto a las razones de fe existen argumentos de naturaleza y razón humana que afectan a todos, a la civilización y la cultura de toda sociedad verdaderamente humanista, que entre todos hemos de construir.

Muchos no entendieron que Hannah Ardent considerara la causa contra Eichmann, como causa “de la humanidad”, más allá de la circunstancias políticas. Nosotros vemos en la cuestión del aborto una verdadera causa de humanidad, una mentalidad, un estilo de tratar el ser humano, que afecta profundamente a nuestra cultura.

En todo caso, los cristianos entramos en esta cuestión asegurando tres actitudes básicas: el absoluto respeto a otras opiniones y las reglas democráticas; el compromiso de ayuda incondicional a la mujer embarazada que se encuentre en dificultades; la voluntad de hallar salidas eficaces y moralmente aceptables a los dramas humanos que en ocasiones surgen en torno a embarazos y posibles abortos.

La palabra de fe siempre será un testimonio del “Dios de vivos, no de muertos”, aunque la vida del otro nos demande esfuerzos y sacrificios. Al final triunfará el Dios que desea que el ser humano viva y no muera.

Palabras de fe: Jean Guitton (I)

(1-9-2013)

Las grandes cuestiones y los pensamientos profundos llegan a entenderse al escuchar a un verdadero sabio que trata de explicarlos a un niño.

“Cuando abres los ojos y ves el sol, a esta acción se la denomina *ver*. Cuando el profesor te dice que el sol es 322.000 veces mayor que la tierra, pues la ciencia lo demuestra, aunque tú no puedas verlo, se llama a eso *saber*. Por último, si una mujer te dice que te quiere, tu madre por ejemplo, aunque no pueda demostrártelo, y aunque tú no lo veas, aceptas esa palabra: se llama a esto *creer*.

Saber es más hermoso que *ver*. Pero *creer* es mucho más hermoso todavía que *saber*, ya que en el acto de *creer* hay mucho amor”.

Estas palabras fueron escritas por el gran filósofo católico Jean Guitton (1901-1999) y pertenecen a *Mi pequeño catecismo*, uno de sus escritos “del final de su vida”, en el tiempo en que todo se ha de simplificar y explicar como si se hablara con un niño; cuando, según sus propias palabras, “el crepúsculo se aproxima a la aurora”. Profesor de vocación en liceos y en la universidad, escritor ensayista, comprometido en causas sociales y eclesiales, observador y consultor en el Concilio Vaticano II, miembro de la Academia Francesa de la Lengua y de la Academia de las Ciencias Morales y Políticas...

Podemos decir que estas palabras, en su sencillez, son el resultado de un camino que Jean Guitton anduvo toda su vida desde su adolescencia. Su familia, de clase media, creyente, vivía el contraste de una fe muy aferrada a la tradición, representada por su padre; y una fe muy abierta al progreso de la ciencia, representada por su madre. En el libro *Lo que yo creo* relata cómo ella, su madre, a escondidas de su padre, trataba de convencerle de

que la fe cristiana era compatible con la teoría del evolucionismo... Esta circunstancia, unida a su condición de creyente abierto a la cultura moderna, hizo de él una persona que vivió siempre en el límite y en la frontera, no para subrayar los contrastes, sino precisamente para tender puentes. Así, al tiempo que distinguía los campos propios de la ciencia y de la fe, llegaba a afirmar, con algunos científicos, que la ciencia actual planteaba algunas cuestiones que se podían responder apelando a verdades que pertenecen al campo de la fe, como el Dios personal creador y trascendente...

Jean Guitton, como cualquiera de nosotros, sabía que en el siglo XIII la mirada de un creyente, Francisco de Asís, vio el mismo sol, del que hoy un científico sabe tanto, y se puso a cantar lleno de alegría:

“Lado seas, mi Señor, por el hermano sol, que alumbra y abre el día y es bello en su esplendor, y lleva por los cielos noticia de su autor...”

Eso no lo diría la ciencia, pero forma parte de “la verdad del sol”, a nuestro entender dice más del astro que todo cuanto un científico pudiera averiguar con sus instrumentos. La fe descubre belleza, don, agradecimiento, significado profundo de las cosas, al reconocer la presencia del Hacedor que amando crea el universo.

El creyente también asumirá y tratará de armonizar lo que le dice la ciencia y lo convertirá todo en motivo de alabanza. El gran teólogo Hans Urs von Balthasar tituló uno de sus libros *La Verdad es sinfónica*. La fe consiste en descubrir la sinfonía de la Verdad, esa sinfonía que compuso el Creador y que suena maravillosamente por todo el mundo para el que desee escuchar.

Palabras de fe: Jean Guitton (II)

(8-9-2013)

No somos pocos los católicos que hemos visto nuestra historia de fe profundamente marcada por el Concilio Vaticano II. Desgraciadamente no todos parece que lo hayan “digerido” bien: unos porque piensan que el concilio traicionó la fe de siempre, otros porque se han quedado con los cambios superficiales y han vaciado su fe de todo significado y de toda certeza.

En todo caso, la profunda marca que nos dejó el concilio hace que Jean Guitton nos resulte muy cercano. En efecto, los puentes que él deseaba tender entre la fe y la ciencia se corresponden con los que construyó en casi todos los ámbitos de su vida y su pensamiento. Quienes hayan vivido la Iglesia de los años setenta y ochenta, entenderán que le podamos calificar de “cristiano del diálogo”. Así le vemos alineado perfectamente con su gran maestro y amigo, el Papa Pablo VI, y con el espíritu y la letra del Concilio Vaticano II.

Desde su juventud y bajo la influencia de algún sacerdote, como M. Pouget, a quien considerará toda su vida como “un tesoro enterrado en un campo”, practicó el diálogo, aunque entonces tuviera que hacerlo en una especie de “clandestinidad”. Lo vivió en el ámbito ecuménico (en reuniones a escondidas con representantes de otras confesiones cristianas), como en el ámbito del pensamiento contemporáneo, en sus contactos con teólogos y filósofos abiertos a la modernidad, como en el de los problemas socioculturales, en su participación en las semanas sociales. Se entenderá que llegara a escribir:

“El Concilio ha sido la sorpresa, la corona y la dicha de mi vida, el acontecimiento esperado y, no obstante considerado imposible, que... se convertía para mí en el término y en el misterio, en un término y en un origen”.

Pocos católicos laicos habrán anhelado, gozado, vivido el Concilio

Vaticano II como él, invitado por el Papa a participar como observador y habiendo hablado en la asamblea de obispos: para él se trataba verdaderamente de una Iglesia abierta al diálogo.

Pero, ¿qué significaba esto realmente? La tercera parte de su encantador libro *Diálogos con Pablo VI*, viene titulada como “El diálogo sobre el diálogo”. Ambos interlocutores glosan lo que el Papa había expuesto en el capítulo 5º de su encíclica *Ecclesiam suam* sobre esta cuestión. ¿Es posible realmente el diálogo, incluso el diálogo entre un creyente y un ateo? ¿No acabamos cada uno con su opinión, no corremos el peligro de disolvernarnos o de buscar un puro consenso para que nadie se moleste?... Guitton retenía una frase que su madre había copiado en su *Carnet malva*:

“Es preciso que se restablezca la armonía entre los modernos sin fe y los creyentes sin modernidad, es preciso que los primeros encuentren a Dios y que los segundos marchen adelante sobre la tierra”.

Él tenía claro un principio básico: el diálogo es un camino para llegar a un lugar, una búsqueda para encontrar algo. Ese lugar y ese “algo” es la Verdad. “¿Qué es un concilio, sino un órgano comunitario, destinado a mantener, a purificar, a promover la fe?”, dirá en *Lo que yo creo*. La belleza del diálogo injertado en el camino de la fe, consiste en propiciar la búsqueda en común, en lo que tiene de intercambio, de escucha, de humildad, de práctica del amor cristiano. Pero su sentido y su valor estriban en ser un medio para que un día la Verdad buscada juntos también sea disfrutada en común. De nada habrá servido el Concilio Vaticano II si no nos ha hecho creer más y mejor.

Palabras de fe: Jean Guitton (III)

(15-9-2013)

Jean Guitton escribió muchas palabras de fe. Todas salieron de su búsqueda apasionada por hallar la Verdad; una búsqueda que realizó como filósofo y como cristiano, impelido por una convicción de la que nunca dudó: que esa Verdad realmente existía y se podía alcanzar. La fe para él significaba el cumplimiento de las aspiraciones humanas más profundas y al mismo tiempo la purificación o liberación de todas las falsificaciones o idolatrías. Es lo que expresaba en referencia al orden social:

“Si Dios no está por encima del pueblo, es el pueblo quien se convierte en Dios, la ley humana en voluntad de Dios, el derecho humano en derecho divino. La libertad de pensar de forma distinta a la opinión pública se vuelve idéntica a la blasfemia. No hay entonces ni democracia, ni libertad, ni laicidad”.

Y puesto que la realidad de la vida personal, la esencia de lo que somos, las creencias más personales y profundas, se concentran en el momento de la muerte, Guitton compuso un libro extraordinariamente sugestivo, original y en cierto modo bello; no le faltan algunos rasgos de humor. Se titula *Mi testamento filosófico*. Aquí el autor recurre a un artificio que le permite dramatizar su muerte, su entierro y su juicio, haciendo comparecer personajes, incluidos santos y el propio Jesucristo, que fueron decisivos en su vida. Todo el libro es una palabra de fe y de razón humana. Así, dirá a Lucifer:

“Si nunca he perdido la fe es porque me parecía que al abandonar la fe traicionaba la razón crítica. En resumidas cuentas, he mantenido la fe por espíritu crítico...”.

Hace pasar en sendos diálogos a los grandes inspiradores de su búsqueda: Pascal, para asentar su fe en Dios trascendente, Bergson para manifestar su fe en Jesucristo, Pablo VI para justificar su condición de católico. Se convierte en espectador de su propio entierro, donde tiene ocasión de conversar con De Gaulle, con Sócrates, con Blondel y con Dante, y donde hace una primera aproximación al gran tema del amor a propósito de su matrimonio, ridiculizado por algunos, pero defendido por su esposa, que confiesa haber sido verdaderamente amada, a pesar de su frialdad racional y “sus despistes”...

“¿Qué es el amor humano?... Un impulso de vida que se reflexiona, se interioriza y se eleva a lo espiritual. En la superficie la juventud, la belleza, la pasión, el placer. En el primer nivel de profundidad, la alegría, el honor, la confianza, la estima, el respeto amoroso, la generosidad tierna, el afecto firme y cordial... ¿Y en las grandes profundidades? El abismo que llama al abismo”.

Pero el centro de esta obra es la dramatización del juicio, ya que en él se ha de dilucidar el valor, el peso y el sentido de toda su existencia. Hay cargos contra él, pero también testigos que trabajan a su favor: François Mitterrand, que murió posiblemente en el umbral de la fe, gracias al trato que con él mantuvo en vida y, sobre todo, Sta. Teresa de Lisieux. Quedaba la cuestión definitiva. Había confesado a Mitterrand: “Señor presidente, siento no haber amado lo suficiente”. Su última palabra en el juicio estaba escrita en un papel que le cayó al suelo. Sta. Teresa corrió a recogerlo. “Por favor, léalo usted misma”. Era un texto de Ruysbroek:

“Cuando el hombre considera en el fondo de sí mismo con ojos quemados por el amor la inmensidad de Dios... y mirándose a sí mismo descubre los atentados contra el inmenso y fiel Señor... no conoce un desprecio suficientemente profundo

para satisfacerse... Se resigna entonces a la voluntad de Dios y, en la abnegación íntima encuentra la paz verdadera. Nuestros pecados se han convertido en fuente de humildad y amor, estar inmersos en la humildad es estar inmersos en Dios, ya que Él es el fondo del abismo...”.